



POLVO DE AMOR *y huesos*

EVA P. VALENCIA

Polvo de amor y huesos

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Eva P. Valencia

© de esta edición: Eva P. Valencia

© diseño de la cubierta: Eva P. Valencia

www.evapvalencia.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a evapvalenciaautora@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

DEDICATORIA

A mi hijo, Aleix Subirà

IT'S SHOWTIME!

BEETLEJUICE

PRÓLOGO



Un nuevo libro siempre es una buena noticia, pero si ese libro lo ha escrito alguien como Eva, para mí es algo muy especial. Hace unos tres años, descubrí por sorpresa que una compañera de trabajo, con la que llevaba tiempo coincidiendo, también escribía libros. Siempre me ha atraído la creatividad, y he valorado mucho tenerla y cultivarla. Así que quise conocerla más, no solo a través de sus obras y sumergiéndome en su mundo literario, sino también como persona. Con el tiempo, se ha convertido, sin duda, en una amiga incondicional.

Eva es una auténtica creadora, una explosión constante de ideas. He leído varios de sus libros, y cada uno tiene su propia magia. Lo que más me gusta de su escritura es cómo crea personajes que se enamoran y te enamoran, con una capacidad narrativa que te hace sentir como si estuvieras dentro de una película. Su prosa es visual, rica en detalles, y convierte la lectura en una experiencia inmersiva. Cada historia te envuelve por completo, y a menudo te sorprende con giros inesperados. Esos giros, aunque a veces pueden no gustar o quizá preferirías que todo transcurriera sin sobresaltos, reflejan la vida misma, que no siempre es tan dulce ni sigue un camino predecible. Sin embargo, es precisamente en esos momentos de incertidumbre donde descubrimos la verdadera belleza de la historia, y donde aprendemos a apreciar tanto los momentos dulces como los amargos. Y así es Eva, como sus historias: impredecible, pero auténtica.

Este prólogo es una dedicatoria a mi mejor amiga, una escritora que sigue demostrando que el amor y las palabras pueden ser tan poderosos como cualquier magia de Halloween.

Àngel Vallés

Cada 31 de octubre, Riley aguarda con impaciencia la llegada de Chloë, su amor platónico desde la infancia.

Entre calabazas talladas y luces titilantes, revive recuerdos y emociones que jamás han dejado de arder en su corazón, mientras lucha por completar la canción que le prometió.

«Polvo de amor y huesos» es un emotivo relato romántico, salpicado de secretos y magia en el que Riley debe enfrentarse a una difícil elección: dejar atrás el pasado que lo persigue o permanecer atrapado en la nostalgia de un amor que nunca ha llegado a ser.

Porque el amor, en su forma más pura, no es más que un complicado juego de espejos, donde él es el único que ve lo que realmente importa: a Chloë.



Hace más de 3.000 años, los celtas celebraban la fiesta de Samhain, la cual coincidía con el final del verano y el solsticio de otoño.

Según esta cultura, en estas fechas los muertos caminaban entre el mundo de los vivos, por lo cual los pobladores vestían disfraces y mascararas para protegerse de los espíritus malignos.

1

Riley

Anoka, Minnesota
Halloween, 2024

—¿Otra vez te has quedado grogui componiendo tus temitas cursis sobre fluir y follar?

Fluir y follar...

Fluir y...

¿Hola?

¿En serio?

Jackson, mi queridísimo amigo y su infinita devoción por Tinder y su séquito de aplicaciones hermanas. Porque, por supuesto, nada grita: «romanticismo puro» como hacer *swipe* a la derecha, ¿verdad? Como si el amor verdadero se pudiera encontrar entre *selfies* en ángulos ridículamente calculados y poses imposibles. Honestamente, no es que yo entienda demasiado del amor, soy más de la vieja escuela, ya sabes, de los que prefieren conocer a alguien de manera pausada, a fuego lento, como cuando preparas un buen café: con mimo, con tiempo, y sin un algoritmo como cupido cibernético y si me apuras, cantarín. Pero bueno, ¿quién soy yo para criticar en esta gloriosa era del amor a 4G?

Abro los ojos con dificultad, tratando de despegar los párpados, que parecen estar pegados con cemento. Finalmente, cuando consigo distinguir su figura frente a mí, con esa calvicie en ciernes y esa barriga cervecera que parece a punto de parir trillizos, me sobresalto en un gesto exagerado de sorpresa y estallo en carcajadas al instante.

—¡Por el amor de Dios, Jackson, no me des esos sustos, maldita sea! —rompo a reír con descaro— Es que me recuerdas tanto a *Fat Bastard* que no puedo dejar de troncharme cada vez que pienso en su célebre frase en *Austin Powers, The Spy Who Shagged Me*: «Soy un hombre grande, necesito mucho alimento.»

—¡Ya será para menos, so cabrón! —Masculla él, con esa mezcla de resignación y falsa indignación.

Alza una ceja perfecta, digna de un tutorial de Youtube, y abre esa bocaza capaz de engullir media hamburguesa doble con queso, bañada en un tsunami de ketchup. Luego, se chuperretea los dedos, uno por uno, ruidosamente, como si estuviera deleitándose con un manjar digno de reyes.

Buah... de verdad, créeme, lo único que le falta es coronar la escena con un eructo épico y quedarse tan campante. Pero, para mi alivio mental (y sobre todo olfativo), esta vez se contiene.

—No te olvides lo de esta noche, *brother*... y sobre todo lo de mañana; es *very important*, ¿me copias? —me suelta, con ese aire de importancia que ni él se cree.

Frunzo el ceño, intentando desentrañar el enigma que acaba de soltar. Tras varios intentos fallidos de escarbar en los archivos oxidados de mi cerebro en busca de respuestas, opto por la táctica universal de los que viven en *Babilandia*: asiento con una sonrisa tan ancha que podría patrocinar una pasta de dientes y levanto el pulgar en un gesto de: «te capto, colega». Aunque, en realidad, no tengo ni la más pajolera idea de qué demonios está hablando.

¿Qué? ¿No me crees que no sepa de qué habla? Pues vaya... empezamos bien, ¿eh? Porque si ya de entrada no confías en mí, apaga y vámonos.

Pero bueno, al turrón...

Cuando por fin Jackson sale de mi campo de visión y de mi habitación, dejo la guitarra apoyada contra la pared. Antes de eso, claro, la felicito por su comportamiento ejemplar y le expreso lo orgulloso que estoy de ella por no haberme dejado mal con alguna nota desafinada.

Carraspeo y pongo los ojos en blanco.

Sí, en efecto, hablo con mi guitarra.

Cada loco con sus delirios, ¿no?

Ya lo dicen las malas lenguas: hay más gente fuera que dentro...

—Riley Anderson...

Me giro al escuchar su voz, y en cuanto la veo, mi corazón decide tomarse un descanso de unos segundos. Chloë Williams. Esa chica que ha secuestrado mi alma desde los días del parvulario. Pero no es solo porque es preciosa, no. Es su verborrea sin fin y una dulzura capaz de rasguñar la coraza de cualquier mortal, por muy gruesa y sólida que parezca a primera vista.

Sí, lo sé. Estoy jodido. Completamente colado por ella desde tiempos inmemoriales, cuando las ranas llevaban frac y las vacas decidían darse paseos en globo aerostático en mis delirantes sueños.

Ey, ni se te ocurra reírte, que te estoy viendo...

—Chloë Williams... —murmuro.

—La misma —responde con una sonrisa, y no sé cómo, pero mis labios, sin permiso, intentan imitar la suya.

Antes de sentarse en mi cama, Chloë se entrelaza las manos detrás de la espalda, gira sobre sus talones como si estuviera en un desfile militar y comienza a analizar mi pequeño santuario del caos: mi cuarto de soltero, un espacio gloriosamente compartido con mi afición a la música y a la abogacía, donde finjo ser un adulto responsable a pesar de estar rozando la treintena. Spoiler: no lo estoy consiguiendo.

Luego, con la delicadeza, roza con las yemas de los dedos los cuadernos de composición que están estratégicamente esparcidos —o eso me gusta decir— por todo el escritorio.

—Qué desastre eres, Riley... nunca cambiarás...

Me lo suelta en tono de regaño, aunque su voz suena más a un consejo disfrazado. Niega con la cabeza y se agacha a recoger un par de mis manuscritos musicales que, cómo no, acaba de pisar con sus deportivas.

—¿Algún día compondrás una canción para mí? —me pregunta, con esa mezcla de inocencia y picardía que me desarma en un santiamén.

«Solo pídemelo una vez más y te juro que cambiaría hasta mis huellas dactilares por ti», susurro para mis adentros, incapaz de soltar esa verdad en voz alta.

—Claro, algún día —respondo, intentando sonar despreocupado, como si la simple idea no

me acelerara el pulso. Mantengo el tono, casi como si no me importara su petición, cuando en realidad, lo único que me gustaría es escribirle la banda sonora de su vida. Pero para ella, soy solo uno más del grupo del coro de la iglesia. Nada especial.

Aunque, si soy honesto, últimamente he tenido la leve impresión de que he subido un escalón en el ranking. Quizás ahora me considere un *amigo*. Sí, el glorioso amigo.

—¿Y por qué no ahora, Riley? —me suelta, y de inmediato se acomoda sobre las sábanas, dándole una palmada a su lado derecho, como invitándome a sentarme junto a ella. Su mirada gris me envuelve, casi como si sus ojos pudieran obligarme a cumplir cualquier deseo que tenga.

Inspiro profundamente, tratando de no perder la compostura, mientras el aroma de su fragancia me embriaga. En tres zancadas rápidas, me acerco lo suficiente para perderme en el suave tono dorado de su muslo, donde la tela de su falda resbala delicadamente por su piel. ¿He visto mujeres atractivas? Claro. Pero ninguna con la sensualidad devastadora y el magnetismo natural de Chloë Williams. Y lo peor de todo, que lo sé: jamás conoceré a otra igual.

—Ahora es un buen momento —insiste.

Tomo la guitarra con delicadeza, casi con reverencia. La apoyo sobre mi pierna, dejando que mis dedos encuentren su lugar en el mástil, ya familiarizados con el diapasón. Aseguro mi agarre en la cejilla y sostengo la púa con suavidad entre las yemas de mis dedos. Cierro los ojos un momento, respiro hondo y dejo escapar un suspiro cargado de nervios y anhelos.

Las cuerdas vibran bajo mi piel, permitiendo que el primer acorde flote por el aire, llenando cada rincón de la habitación. Rasgueo suavemente, dejando que las notas cobren vida con sutileza. Luego, comienzo a cantar, con una cadencia íntima, impregnando cada palabra con una sinceridad profunda, casi desgarradora. Cada verso es para ella, aunque nunca lo sepa.

*Tu mirada es como un faro en la penumbra,
tan cercana y, sin embargo, a años luz.
Bailando bajo las constelaciones del firmamento,
y con cada paso que das, me alejas un poco más de ti.
El silencio me envuelve una vez más.
Finjo indiferencia, pero todo me hiere.
Porque eres esa luminosidad inalcanzable,
como la verdad oculta entre las estrofas de esta canción.*

Dejo de pellizcar las cuerdas como si de golpe me abrasaran y, casi como un acto reflejo, también de respirar por un momento. Trago saliva al sentir su mirada fija en mí cuando la busco al levantar la barbilla. Mi pulso comienza a acelerarse, desbocado. La proximidad me desborda los sentidos y nubla mi capacidad de pensar con claridad.

—¿Por qué has dejado de tocar?

—Está inacabada... —susurro con disimulo, aunque es evidente la carga emocional que impregna cada palabra, pues la estoy componiendo para ella; solo para ella.

—Es bonita, aunque también es triste.

—Ya sabes el dicho: no hay alegría sin dolor.

—Ni tristeza sin esperanza —añade con una sonrisa suave.

—*Touchè*.

Joder. No puedo dejar de mirarla. Me encuentro completamente hipnotizado, o, mejor

dicho, idiotizado por la intensidad de su mirada. Chloë tiene los ojos azules más cristalinos que jamás he visto, capaces de penetrar en lo más profundo de tu ser y revelar incluso los secretos más oscuros que guardas en las sombras.

Creo que estoy a punto de cometer una estupidez monumental cuando deslizo mis ojos hacia sus labios, esos labios tan irresistibles que constantemente humedece porque se le secan de tanto hablar. No puedo evitar imaginar el roce de los míos contra los suyos, cómo sería besarlos lentamente, mordisqueando el labio inferior y luego el superior, para finalmente buscar su lengua y lamerla sin descanso.

Así que disminuyo la distancia que separa su rostro del mío, rozando suavemente su cuello antes de deslizar mis manos hacia la nuca y atraerla hacia mí para besarla.

Chloë cierra los ojos.

Abro la boca y noto como su aliento se cuela entre mis dientes.

—¡Riley, vuelve de tu propio Mordor, imbécil! Últimamente te comportas como un Atreyu *atontao*, perdido en tu mundo de fantasía, mirando hacia la Nada —interrumpe Jackson entrando en mi guarida como un elefante en una cacharrería y sin contemplaciones.

Ella, la chica de mis sueños, aprovecha el más mínimo descuido para escabullirse de mis brazos, saliendo despavorida de la habitación sin prorrumpir un miserable adiós, ni siquiera un leve gesto con la mano; solo ese rubor escandaloso que le sube desde los tobillos hasta la raíz de su melena rubia. Así que, me quedo solito, enredado en mis pensamientos, contemplando todas las gloriosas posibilidades que podrían haber sido... ese pedazo de beso, si no fuera porque el inútil de Jackson siempre aparece en el momento perfecto para meter las narices en mi vida.

—¡Ey, so imbécil! —chasquea los dedos con energía—. ¡Vuelve a casa... Miiiii caaasa...!

Y ahí es cuando no puedo evitar soltar una risotada, porque su imitación de voces es un desastre, especialmente cuando intenta hacer de E.T.

Sin ánimo de ofender, yo ahí lo dejo.



2

Jackson

—¡Ey, so imbécil! —chasqueo los dedos justo delante de su cara de pasmado—. ¡Vuelve a casa... Miiii caaasa...!

Riley me lanza una mirada digna de perro apaleado y sacude la cabeza, claramente sin comprender mi brillante sentido del humor.

—¿Qué coño te pasa?

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Acaso hay alguien más? —siseo, hago un gesto amplio señalando el vacío absoluto a nuestro alrededor y luego le palmeo la espalda en plan—: Chaval, estás peor que mal.

Se levanta, ignorando olímpicamente mis palabras, y con el glamour de un gato con resaca, apoya la guitarra contra la pared. Arrastra los pies como si estuviera en pleno proceso de evolución inversa, hasta desplomarse de espaldas en el colchón. Yo, en un alarde de supervivencia, me acoplo a su lado sin quitarme los zapatos. Ya conozco el protocolo: descalzarme significaría dar pie a algún roce indeseado, y lo último que quiero es que me expulse de su cueva por hacer piecitos bajo las sábanas.

—Recuerda una sola cosa —aventuro, rompiendo el incómodo silencio.

—¿Qué? ¿Jackson? —inquieta sin ni siquiera dignarse a abrir los ojos.

—Esta noche... ¡fiestuki! La misma que monta Suzanne en su keli—alzo las cejas de manera tan exagerada que, si hubiera un premio a la sutileza, lo perdería de inmediato.

—Buah... qué pereza... —murmura con la energía de estar a punto de entrar en coma.

Me giro hacia él, decidido a evitar que se pire o se meta en modo siesta profunda, y añado con un tono conspirador:

—Riley, la tía más buena de toda Minnesota va a estar en la fiesta esta noche.

Él apenas se inmuta.

—Ni sé de quién me hablas ni me importa —contraataca, como si estuviera escuchando el parte meteorológico.

Entonces me aclaro la garganta, listo para soltar mi as bajo la manga:

—Dakota Johnson, en persona. La mismísima reencarnación viviente de la actriz susodicha. Hija de Don Johnson y Melanie Griffith, ni más ni menos.

Esta vez, un ojo se abre ligeramente, aunque solo sea por puro escepticismo.

—Sí, claro... y Elon Musk anoche me propuso colonizar Marte con mi súper semillita... y lo estoy meditando con la almohada.

—Bueno, no sería tan descabellado teniendo en cuenta que eres guapote y el estereotipo de muchas chicas que conocemos.

—Pamplinas —gruñe primero y después sonrío entre dientes.

Joder, estoy hasta la hostia de cansado de su rollo de «me la suda todo» y «cómeme la

polla».

—No cuentes conmigo para lo de esta noche —añade, cortante, como si ya estuviera harto de simplemente respirar.

—Tío, va, venga. Tienes que animarte —suelto, tratando de no sonar tan desesperado, aunque fracaso. Luego, me detengo, sabiendo que necesito elegir bien las palabras—. No puedes seguir exiliado del mundo que te rodea, de mí, de tus colegas. ¡Te echamos de menos, Riley!

El silencio que sigue es tan espeso que casi puedo tocarlo con la yema de los dedos. Él sigue ahí, con los ojos cerrados, los brazos bajo la cabeza. Entonces, carraspeo, intentando sacarlo de su trance.

—Quiero que quede claro, Riley. Quiero que sepas que empatizo con tu dolor a un nivel casi irreal y que estoy aquí para lo que necesites. Todos, escúchame bien... —digo con énfasis, porque parece que es necesario—, todos estamos disponibles para ti en cualquier momento del día o de la noche. Pero creo que deberías considerar la posibilidad de seguir adelante, porque el pasado se aferra solo para infligirte más sufrimiento.

Me quedo en silencio, esperando alguna señal de vida, pero el único sonido que obtengo es el eco de mi propia voz. Entonces pienso: «¡Guau, no me beso porque ni siquiera llego! Cuando me pongo en plan filosófico, me doy asco a mí mismo.»

—¿Y si te ofrezco un plan B?

—Macho, ¡qué insistente eres! —gruñe, mientras se rasca la nuca.

—Hasta el agotamiento. No tienes ni idea de cuánto —respondo, con una sonrisa irónica.

Él abre un ojo para mirarme, hace una mueca que podría rivalizar con la de un toro cabreado y luego suspira, cansado, como si tuviera el peso del mundo sobre los hombros.

—Muy bien, lo pillo. Nos quedamos aquí y vemos *Hocus Pocus* o *La Novia Cadáver*, por poner un ejemplo —le explico, intentando convencerlo o, sinceramente, rendirme ante su terquedad sin siquiera esforzarme en devanarme los sesos. No me va mucho eso de darle al coco—. Propongo una noche de pelis, hamburguesas grasientas y cervezas hasta que caigamos redondos. ¿Qué te parece?

Frunzo el ceño, intentando no perder la paciencia.

—¿Te hace? —insisto.

—Mmmmmmm... —balbucea.

Maldito Riley.

—Joder, tío, no te sobes mientras mantenemos una conversación adulta.

—Mmmm...

¿Qué cojones?

—Tío...

—M...

Y entonces, un leve ronquido rompe el silencio, revelando lo que ya temía: está cómodamente en brazos de Morfeo.

—Riley, que te has sobao...

¡Será Capullo!



3

Riley

Jackson está justo a mi lado, escrutándome como si fuera un cirujano de élite supervisando un trasplante de corazón. Y yo, con un cuchillo jamonero en la mano, sigo debatiéndome entre cómo diseccionar esta maldita calabaza o si mejor la lanzo por la ventana y me ahorro el drama.

—¡Vamos, tío, no es física cuántica! —gorjea, como si vaciar una calabaza fuera lo más fácil e higiénico del mundo. Claro, ¡él no está con las manos a punto de sumergirse en lo que podría ser el relleno de una pesadilla!

Cojo aire, coloco el arma blanca en la parte superior del pobre vegetal, justo en el tallo, y empiezo a decapitarlo. Mientras lo hago, no puedo evitar pensar en esa escena de Hannibal donde el buen doctor (léase el sarcasmo) le abre la cabeza a Paul Krendler como si fuera mantequilla. La comparación es más que apropiada, ¡teniendo en cuenta lo que está a punto de salir de esta cosa!

Levanto la tapa y, cómo no, ahí está: la masa viscosa de semillas y pulpa, mirándome como si estuviera lista para atacar. ¡Fantástico! El nivel de asco ha subido varios puntos.

—¡Creo que voy a echar las potas! —aseguro, sintiendo cómo la bilis sube peligrosamente por mi garganta.

—¡No me seas nenaza, y saca todo eso con las manos! Sin duda es de lo mejorcito de la noche de Halloween —se ríe Jackson, disfrutando de mi sufrimiento como si estuviera viendo una comedia surrealista de los Monty Python.

—¿En serio?

—Sí, hombre, eso y asustar a los críos. ¡¿Quién dijo miedo?! —sisea, el muy cabrón, disfrutando de cada segundo.

Y antes de que pueda reaccionar, me coge las manos y me las mete en la calabaza. La pulpa pegajosa se enreda entre mis dedos, una sensación tan desagradable que, ahora sí, ¡siento que voy a vomitar de verdad!

—¿Te acerco un cubo? No me gustaría que me vomitaras encima, ja, ja, ja... —se carcajea, más feliz que una perdiz en un charco de barro, mientras yo me revuelco en mi miseria.

—Estás disfrutando, ¿eh? —ladro y maldigo entre dientes, intentando asesinarlo con la mirada, pero lamentablemente los rayos láser aún no se han comercializado.

—Como un enano, no te quepa duda.

—Sabes que esto tiene un precio, ¿verdad? —le amenazo— Y que lo vas a pagar caro.

Sonríe de oreja a oreja.

—Solo dime cuándo, dónde, y si es en dinero o en especie.

Jackson se echa a reír con fuerza, mientras tanto, yo sigo arrancando con repulsión las entrañas de la calabaza, soñando con el día en que pueda vengarme; ¡más pronto que tarde!

—¿Y tú no piensas ayudar? —resoplo, exasperado. Me giro para mirarlo, pero ahí está, con

el móvil pegado a la cara, chateando como si no hubiera un mañana y pasando de mi puta cara.

—Yo me ocupo del apoyo moral —me guiña un ojo y yo le lanzo una mirada tan mordaz que, si las miradas mataran, él ya estaría seis metros bajo tierra.

Termino de vaciar la dichosa calabaza, y no puedo evitar preguntarme quién fue el genio que decidió que meter las manos en las tripas de un vegetal era una gran tradición.

Justo en ese momento, suena el móvil de Jackson. Con una sonrisita de perdonavidas, se levanta y se pira, dejándome en el fregado que el mismo me ha metido hasta el fondo.

—Maldito Jackson... —mascullo entre dientes, cuando de repente oigo unos pasos acercándose por detrás. Me tenso, preparándome para el regreso triunfal del idiota.

—Salvado por la campana.

Ella...

—Chloë Williams —murmuro, intentando no sonar sorprendido.

—La misma —agrega ella.

La escena se repite como un *déjà vu*: Chloë, la chica más guapa de todo Minnesota, frente a mí. Solo que esta vez no estoy con mi guitarra intentando componer una canción de amor, sino con las manos literalmente llenas de tripas de calabaza.

Ella se apoya en la isla de la cocina, cruzando los brazos mientras observa el desastre que he hecho con su sonrisa tímida, aunque preciosa, por cierto, y no me refiero solo a la sonrisa.

—¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que...? —deja la frase en el aire, señalando con el dedo a *la Cosa*.

Me aclaro la garganta, tratando de recomponerme mientras ella ensancha esa sonrisa que me está desarmando por completo. Sin vacilar, Chloë se coloca a mi lado, tan pegada que el aire entre nosotros parece desaparecer. Justo en ese instante, se me escapa el oxígeno de los pulmones en un suspiro entrecortado y casi inaudible cuando el aroma de su perfume me aturde los sentidos. Genial, ¡ahora parezco un adolescente con las hormonas descontroladas!

—Lo primero...

—Dime.

—¿Podrías rascarme el cuello? —le pido, levantando las manos llenas de pringue de calabaza como si fuera un cirujano antes de entrar al quirófano—. Es que, con toda esta... —muevo las manos para enfatizar el desastre en el que estoy metido—, pues no puedo.

Para mi asombro, Chloë ni se lo piensa. Obediente, como si esto fuera lo más normal del mundo, acerca sus dedos a mi carótida y empieza a rascarme el cuello con suma delicadeza.

Arriba abajo, después a la derecha y a la izquierda, luego en círculos...

Mierda.

Un leve estremecimiento recorre mi espalda, vértebra a vértebra, como si cada toque suyo activara un interruptor en mi sistema nervioso. No puedo pensar, no puedo hablar. Sólo siento. Y lo que siento está a punto de derretirme.

Después de unos segundos, le pido con la voz ronca, rota, que pare. Porque si sigue así, no me hago responsable de lo que le suceda a mi corazón... o a cualquier otra parte de mi cuerpo.

—¿Estás seguro? —me pregunta Chloë, y siento como si una pequeña chispa me recorriera desde el esternón hasta las manos.

Me arde el pecho.

—S-sí... estoy seguro —asiento, aunque mi voz vacilante me traiciona. Porque, siendo

completamente honesto, lo último que quiero es que pare. Cada fibra de mi cuerpo está en llamas. Joder, esta chica me está matando, ¡y no sé si quiero ser resucitado!

—Déjame a mí —susurra, llevando sus manos suaves a las mías y apartándolas con delicadeza. Casi se me corta la respiración cuando lo hace. «No es la calabaza, Riley, céntrate».

El olor terroso y dulce de la calabaza sigue flotando en el aire mientras Chloë, con una cucharilla, retira con precisión los últimos restos que quedan pegados en el interior.

—Ya está.

—Eres toda una experta —suelto, sonriendo como un idiota.

—Bah, no demasiado —se encoge de hombros, minimizando su habilidad—. Solo que cuando tienes hermanos pequeños y un padre más patoso que un pulpo tratando de abrocharse los zapatos... o te vuelves proactiva o te quedas sin Halloween.

—*Touché*.

Con un marcador empieza a dibujar los ojos grandes y triangulares, la nariz más pequeña y la escalofriante boca sonriente con los dientes desiguales. Luego, sin más preámbulos, empieza a diseccionar con una precisión apabullante.

—¿Tienes una vela de cera? —pregunta, rompiendo el hechizo de mi observación.

—Claro, seguro que Jackson tiene una guardada por si hay un apagón.

—¿Y qué ha sido de las linternas?

Me rasco la nuca, reflexivo, sopesando las opciones.

—Apuesto a que pensamos que las pilas se agotan, pero unas cerillas... bueno... —balbuceo— Voy a ver qué encuentro —anuncio con un gesto exagerado hacia la puerta. Al dar un par de pasos hacia atrás, no puedo dejar de mirarla—. No te muevas ni un palmo. ¿Entendido?

Ella asiente, y su sonrisa, bueno, no voy a ponerme cursi describiéndola, pero digamos que, si lo hiciera, te aburriría con lo increíblemente hermosa que es.

—¡A la orden! —Me dice, saludando como si fuera una oficial del ejército.

—Buena chica.

Salgo de la cocina lo más rápido que puedo, porque si me quedo un segundo más, voy a soltar algo ridículo. El corazón me va literalmente a cien, ¡haciendo el idiota! Joder, sigo pillado por ella desde que tenía seis años, y después de tanto tiempo, ¡aún no puedo sacármela de la cabeza!

En el pasillo, me topo de bruces con Jackson, que, por alguna razón, anda en calzoncillos. Y por supuesto, me bloquea el paso.

—Ey, tío, ¿dónde está el fuego? —increpa, sin moverse ni un centímetro.

Trato de esquivarlo, pero ocupa demasiado espacio para maniobrar. Me siento como un ratón intentando escapar de un elefante.

—¿Sabes si tenemos velas? —pregunto, exhalando frustrado en su cara por la proximidad. Jackson frunce el ceño, confundido.

—La velita no será para una cena romántica con una moza, ¿no?

Me dan ganas de reír, pero solo arrugo la nariz.

—¿«Moza»? ¿Acaso estamos en un rancho en Texas? —recalco, sarcástico.

—Más quisieras tú montar algo, amigo —replica con una sonrisa burlona.

—Buf, colega, pierdes aceite...

Jackson se carcajea.

—Mejor perder aceite que seguir viendo fantasmas —replica, encogiéndose de hombros.
Suspiro, cansado de su insistencia.

—Es Halloween, ¿no? —contraataco a la defensiva— Venga, Jack, déjame pasar o se irá.

—¿Quién? —pregunta, y me rasco la barbilla en tono pensativo, aunque sé que ya conoce la respuesta.

Exhalo, intentando mantener la calma.

—*Ella*.

—¿Otra vez *ella*?

Inspiro.

Exhalo.

Cojo aire.

Suspiro.

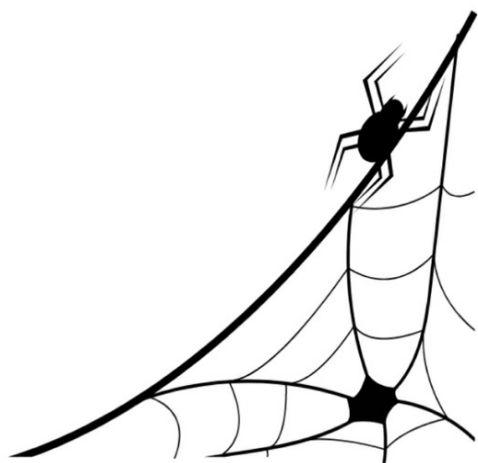
—Sí.

Jackson sacude la cabeza, colocándose una mano sobre el hombro como si estuviera a punto de darme un sermón.

—Riley, ya hemos hablado de esto, tío...

—Para —le interrumpo, cerrando los ojos un momento. No necesito escuchar su charla de nuevo.

—Necesitas ir a terapia —suelta, como si fuera algo nuevo y a mí me saca de quicio.



—Déjalo ya —respondo, sintiendo cómo se tensa mi mandíbula. No quiero estallar, pero me está empujando a hacerlo en tres, dos, uno...

—Solo digo... que evitar el problema no hace que desaparezca.

—Puede que no quiera que se esfume el problema.

—Querrás decir que...

—¡Jackson, basta!

Levanta las manos en señal de rendición.

—Okey, tú mandas.

Se desplaza un poquito a la derecha y me cede el paso.

—Pero... te estaré vigilando... —añade, haciendo ese gesto clásico de «te tengo en la mira». Se señala los ojos con dos dedos y luego los dirige hacia mí, como si fuera un agente secreto en misión.

—Sí, claro... lo que tú digas —murmuro, esquivándolo al fin, intentando mantener una expresión neutral y no reírme.

Minutos más tarde, tras una búsqueda que se me hace eterna, por fin encuentro la dichosa vela de las narices. La agarro y corro de vuelta a la cocina. Pero cuando llego, freno en seco, como si hubiese chocado contra una barrera invisible. Chloë ya no está. Ni rastro de ella.

Mi pecho se hunde, decepcionado mientras mis ojos se posan en la encimera. Y ahí, imponente y perfecta, está la *Jack-o'-lantern*.



4

Jackson

—¿Qué demonios haces, tío? —gorgojeo ruidosamente, con la boca llena mientras mis dientes se clavan en una manzana tan roja como la de Blancanieves, casi esperando que esté envenenada, considerando lo surrealista que está siendo este día de Halloween.

Yo, como siempre, dispuesto a exprimir cada segundo de esta noche, mientras que mi colega parece no compartir el mismo entusiasmo. Sin duda, es como si nuestra amistad estuviera atravesando una de esas crisis amorosas: él con su apego evitativo y yo con el ansioso, siempre detrás. ¡Qué se le va a hacer!

Me acerco más, acortando las distancias, y me acuclillo a su lado. Está tan concentrado, como si estuviera hurgando en algo trascendental, en plan Baúl de los Recuerdos de Carina (sí, esa cantante española de los años setenta que probablemente ni él ni tú recordáis), y sinceramente, su nivel de absorción casi me acojona.

¿Lo que estás pensando? Sí, joder, tienes razón, no hace falta estrujarse demasiado el tarro... No es que Riley no suela estar concentrado, pero últimamente parece que pasa la mayor parte de su existencia en esa maldita *nothing box*, ese vacío mental donde nada le importa... ya sabes, perdido en Babia, como siempre.

—Ey, chavalote —chasqueo los dedos frente a su cara—. Tierra llamando a Riley el *empanao*, ¡Tierra llamando a Riley...!

—Pero, ¿qué mierdas haces? ¡¡Casi me provocas un puto infarto!!

Se sobresalta como si se hubiera topado de frente con la chica de la curva con sus ojos casi desorbitados. No me malinterpretes, ¿vale? Siempre he pensado que mi amigo tiene una peculiar tendencia a ser un poco intensito, y la evidencia no hace más que reafirmarlo.

—¡La próxima vez, avísame, para ponerte un cascabel!

—¡Marramiaiu...! —me jacto—. ¿Y también me pondrás leche en un cuenco y me rascarás la barriguita, después?

Él niega con la cabeza y continúa hurgando en la caja.

—Nada, solo buscando algo.

—¿Y qué es?

—Nada es nada.

—¿Desde cuándo tenemos secretos tú y yo?

—Desde que mi vida dejó de pertenecerme y pasó a ser de una menda lerenda.

Deja de revolver las cosas, se vuelve hacia mí y frunce el ceño, prácticamente acribillándome con la mirada.

—Se supone que es una sorpresa: *Surprise, surprise!* —escupe con un tonito irónico digno de Ellen DeGeneres.

A la sazón, entro en modo catastrofista total, aferrándome a su camiseta de los Ramones,

que solo se pone para estar por casa porque ni le va la música ni el estilo, y lloro a moco tendido (metafóricamente, claro) en su pecho.

—¿Ya no me quieres? ¿Cuándo dejaste de hacerlo? ¡Oh, Riley, con lo inseparables que hemos sido toda la vida!

—Qué tontainas eres... por supuesto que te quiero.

—¿Me quieres como la trucha al trucho?

—*Forever*, Jackson —se echa a reír y me aparta de su cuerpo con poco decoro—. Pero sigue siendo una sorpresa.

Justo entonces, aprovecho para mirar de soslayo la caja, intentando adivinar qué demonios está buscando. Entre partituras, pelotas de tenis y un sinfín de desastres varios, distingo un DVD con letras ensangrentadas que dice: *Nightmare on Elm Street*, y se me llenan los ojos de lagrimillas de emoción. Las pelis de terror, *slasher* y gore son mis favoritas, y Riley lo sabe, ¡vaya si lo sabe! Así que intuyo que está planificando una noche épica con clásicos del séptimo arte.

Riley sigue siendo el putísimo Amo del Universo.

Riley Anderson for president!



5

Riley

Aquí me tienes, una vez más, encaramado a unas escaleras en el pórtico de la casa que comparto con Jackson, colgando monigotes, luces LED y telarañas como si se me fuera la vida en ello. Todo gracias a la desquiciante obsesión que destila por Halloween.

Año tras año, el mismo *show*, la misma película de terror de bajo presupuesto y las mismas horteradas. Desde que éramos críos, ha habido un 31 de octubre detrás de otro, con la sola excepción del fatídico de hace cinco años. Y aquí estoy yo, dejándome arrastrar como un idiota, porque en el fondo quiero a ese cabrón como si fuera el hermano que nunca pedí.

Lo que me saca de quicio, y me pone de peor humor que un lunes sin café, es la maldita caja gigante que guarda en el garaje. Cada otoño aparece una versión más grande y monstruosa, llena de esqueletos de plástico, murciélagos y esos monigotes grotescos que parecen escapados de una pesadilla de Tim Burton. Y yo, claro, soy el pobre diablo que acaba colgándolos.

—¡Vamos, Riley, ánimo! Es Halloween —me lanza una lata de cerveza, que cazo al vuelo como si eso pudiera mejorar mi humor.

—Cuando Dakota Johnson te pida matrimonio —le suelto, riéndome por dentro. Ambos sabemos que esa chica jamás se fijaría en él. Vamos, sería como juntar a Galadriel de El Señor de los Anillos con el Hombre Pálido de El Laberinto del Fauno en una boda gótica hasta que la muerte los separe. ¿Te imaginas? ¡Un desastre!

Resoplo y abro la lata, tomando un sorbo.

—¿Por qué soy yo siempre el que se encarga de colgar todas estas mierdas?

—Porque así puedo admirar tu culo en pompa cada vez que te tambaleas y casi te rompes la crisma encima del tejado.

—Poético.

—Nunca lo habría dicho mejor, tío.

Jackson eructa, satisfecho, mientras mira alrededor y señala el jardín.

—Hoy me siento generoso —se pavonea, inflando el pecho— Voy a contribuir a la causa. Voy a echarte una mano...

—Sí, al pescuezo.

—Que no, idiota —se agacha y, en el proceso, me regala una magnífica vista de su hucha y los rizos que asoman justo donde la espalda pierde su digno nombre— Voy a plantar unas lápidas y ángeles caídos que pillé en Wallapop. Le va a dar un toque tétrico al jardín.

Abre una bolsa y me enseña lo que parecen disfraces de una tienda de los chinos, de esos que huelen a plástico y a Dios sabe qué. Menuda frikada.

—Escoge —declara, levantando dos piezas de tela raída— Freddy Krueger o Michael Myers.

—Hostia —balbuceo, atragantándome con mi propia saliva— No pienso enfundarme en ninguno de esos trapos.

—Y tanto que sí...

—Joder que no —exhalo, más tozudo que una mula— Ni se te ocurra obligarme a cruzar esa delgada línea entre lo medianamente divertido y la vergüenza más absoluta.

Jackson necesita una vida, lo juro por lo más sagrado, y dejar de abusar de mi camaradería de décadas. ¡Me cago en todo!

De cualquier manera, escoge el de Freddy y me deja el de Michael al pie de la escalera, como si realmente creyera que voy a enfundarme en esa ridiculez. No sé en qué universo paralelo vive, pero aquí, en el mundo real, eso no va a pasar. Por alguna razón desconocida, Jackson siempre ha tenido una debilidad inexplicable por Halloween, un amor por lo tétrico que yo nunca he entendido, ni remotamente compartido.

Gracias a Dios, deja de tocarme los cataplines con el eterno temita, al menos por ahora, y se centra en plantar tumbas de cartón yeso en el jardín ridículamente diminuto que adorna nuestra entrada, delimitado por las vallas vecinas y el caminito de piedras que zigzaguea como si se creyera un río hasta los tres escalones del porche.

—Así me gustas, Jackson —murmuro mientras sigo en mi lucha constante con las telarañas que intento colgar de la canaleta, ingeniosamente posicionándolas para que se balanceen con la brisa.

—¿Cómo, cariño?

—Calladito.

Me llevo los dedos a la boca, simulando una cremallera invisible, por si no queda claro.

—No puedes evitar que piense.

—Hum, eso sí que es verdad.

—Porque siempre tengo razón, obviamente.

Le lanzo una mirada fulminante, girándome tan rápido que casi pierdo el equilibrio en la escalera.

«Tranquilo, Riley, ni borracho de tequila te lo crees», pienso para mis adentros.

—¡Ni de coña! —resoplo, recuperando mi equilibrio con la gracia de un pato encima del hielo. —Tal vez en otra vida, con otro mejor amigo.

—¿Mejor amigo? ¿He oído bien? —responde con un retintín que me provoca un tic en el ojo.

—Creo que te falla el oído... A-mi-go.

—Puede que mis otros sentidos estén algo atrofiados, pero el oído... ese, *nasti de plasti*.

—Tú y yo somos amigos, solo amigos... eso sí, muy buenos amigos. A secas —remato, disfrutando de la pequeña puñalada que sé que le molesta.

Comienzo a trepar por el tejado, dispuesto a colocar a un esqueleto que parece el primo perdido de Cantinflas, cuando oigo a Jackson soltar un gruñido:

—O sea, que... amigos a secas, ¿eh?

Y lo siguiente que sé, es que estoy gritando a todo pulmón porque el desgraciado me ha quitado la escalera, dejándome colgado como un maldito espantapájaros, sin idea de cómo bajar esos cinco metros hasta el suelo.

Maldito Jackson...



6

Jackson

—¡Puto cabronazo rubiales! —La voz de Riley me llega justo cuando entra al garaje, sacudiéndose los jeans como si hubiera pasado por un campo de batalla. Se quita las hojas de encima a manotazos después de deslizarse torpemente por el álamo para bajar del tejado.

—Yo también te quiero, corazón —le contesto, sin siquiera mirarlo, disfrutando del *show*.

—Apuesto a que sí, capullo. ¿Acaso se te ha ido la puta pinza? —replica en tono seco, arrebatándome la cerveza que llevaba medio babeada—. De poco me parto la crisma y acabo decorando tu jardín como esos esqueletos de mierda que tanto adoras.

Me río entre dientes, disfrutando de su exagerada indignación.

—Riley, anda ya... No es para tanto, nenaza.

Bebe a morro y lo veo apurar la cerveza de un solo trago.

—Me has abandonado a mi suerte a más de ocho metros, tío —se queja, dándole un toque aún más melodramático.

—¿Ocho metros? ¿No eran cincuenta? —me jacto, empujando el chiste un poco más, incapaz de resistirme.

Riley pone cara de pocos amigos mientras me doblo de la risa. Lo siento, pero es demasiado bueno como para dejarlo pasar.

—No me toques las pelotas, Jackson —gruñe.

—¿Qué? ¿Así? —le respondo con una sonrisita maliciosa, y en un movimiento rápido, le agarro de la bragueta y le aprieto el nabo con toda la delicadeza de un bulldozer.

—¡Hostia! ¡Eres un maldito chalado, Jackson! —brama y su grito me hace reír aún más fuerte mientras retrocede de un empujón, pero su equilibrio lo traiciona y acaba apoyándose en el Cadillac de mi viejo, intentando no irse de culo.

—Ya será para menos...

—¿Qué problema mental tienes? —me suelta, medio ofendido, medio divertido, mientras se frota el pantalón.

Le devuelvo el empujón con una sonrisa descarada, y él, en un intento de recuperar el control, encesta la botella en el cubo de la basura y se pasa la mano por su pelo castaño.

—Tú te lo has buscado, tío —le suelto.

—¿Yo? ¿Deliras? —balbucea, él.

—Por odiar Halloween.

Me mira durante unos segundos, entre confusión y frustración, antes de hacer una mueca, sacude la cabeza y estalla con una rabia arrastrada, como si cada palabra le quemara la garganta.

—¡No lo odio, lo detesto! Y sobre todo desde que ella...

—Vale, déjalo —le corto en seco, alzando una mano, como si no tuviera tiempo ni paciencia para su drama—. Será mejor que vaya a por unas birras para ahogar las penas antes de

que acabes llorando o quemando una calabaza en protesta.

Salgo de allí como si me persiguiera la Santa Inquisición, y me dirijo a la cocina. Abro la nevera de un tirón y me hago con seis latas de cerveza, unidas por esa condenada malla de plástico que parece diseñada para probar la paciencia de cualquiera. Regreso junto a Riley en menos tiempo del que se tarda en parpadear.

—No, Chloë, aún no lo he terminado... Me he quedado atascado en el maldito estribillo —resopla.

Palidezco al ver la escena que ya me tiene al borde de la desesperación: mi querido amigo, de nuevo, en su *déjà vu* de siempre, charlando alegremente con ella, con *ella*. Sí, esa recurrente y surrealista escenita que ya me parece demasiado cansina para mi gusto.

«Madre mía. Esto no puede ser sano, esto no puede ser sano, joder», me repito, con la esperanza de que las palabras mágicas alivien algo de la presión que siento en mi sien, donde una vena ha decidido montar su propio festival de palpitaciones, cortesía de mis cada vez más precarios nervios.

Después de darle un par de segundos de rigor —lo justo para no parecer desesperado—, carraspeo en voz alta, haciendo que mi presencia sea tan obvia como el ridículo de la situación, y me acerco con una sonrisa que no podría ser más forzada ni, aunque lo intentara.

—¿Ya se ha ido? —pregunto, levantando una ceja al notar que, obviamente, está solo.

—Sí, se ha vuelto a marchar... —farfulla, frotándose la frente, en ese tono más decepcionado que malhumorado.

—Era de esperar, tío. Ya me entiendes... —le doy una palmada en la espalda, un gesto cargado de falsa comprensión. Claro, lo *capito*... aunque no, no lo hago. Porque hay muchas cosas con las que puedo estar de acuerdo, pero no con lo que está haciendo con Chloë.

Suelto un par de latas, una para el Romeo *inlove* (enamorado hasta las trancas) y otra para mí.

—Tengo que terminar la canción —acepta sin más, como si esa fuera la respuesta a todos sus problemas.

—¿La que estás escribiendo para *ella* desde hace cinco putos años? Claro, sí, deberías... estaría genial —le lanzo una mirada de reojo mientras doy un sorbo a mi cerveza, ya estrujándome el cerebro en qué podría hacer este Halloween para que sea diferente. Algo, cualquier cosa que le mantenga lo suficientemente ocupado como para no darle vueltas a lo de siempre. Porque, al final, los recuerdos siempre regresan... ¡y no se cansan de joderte la vida!

Abro la boca para protestar, pero ya es demasiado tarde. Jackson ha metido el hocico donde no lo llaman y ha desvelado la sorpresa que había guardado con tanto esmero: los DVDs de películas de terror y gore.

—Tío, eres lo peor —alcanzo a decir y niego con la cabeza, resignado, mientras subimos al coche.

—Y tú el mejor, Riley —me responde con una sonrisa que amenaza con partirle la cara en dos. Se hunde en el asiento y lo reclina unos centímetros hacia atrás, porque claro, su tamaño de oso pardo no cabe de otra manera. Mientras tanto, desfila los discos entre las manos como si fueran tesoros incalculables, y abre la boca en una mueca exagerada— ¡Esto es oro puro! Halloween, Viernes 13, Pesadilla en Elm Street...

—¿Te mola? —le pregunto, encendiendo el motor y llevando el coche hacia el supermercado Cub Foods, porque claro, no puede existir un *Trick or treat* sin un buen cargamento de gominolas.

—¿Que si me mola? —sigue boquiabierto— ¡Acabo de tener el mayor orgasmo de mi vida!

—Puto friki de los cojones —me carcajeo mientras giro el volante a la derecha. Nunca entenderé su enfermiza fascinación por ese género—. A ver si te das cuenta de una vez que tu fanatismo por el terror no es ni medio normal.

—A ver si lo pillas, listillo... que yo sepa, no hago daño a nadie —masculla entre dientes con su típico tono burlón, mientras baja la ventanilla y apoya el codo en el marco, como si la vida fuera un paseo por el parque.

Y, la verdad... el cabrón va a tener razón.

Hacemos una parada más que merecida en el McDonald's, para meternos unas hamburguesas y patatas fritas entre pecho y espalda, porque, claro está, se necesita combustible para la ardua misión que nos espera: cargar el carro con suficiente azúcar como para resucitar al mismísimo Drácula de su ataúd y tenerlo bailando toda la noche.

Vagamos por los pasillos del establecimiento, que está lleno hasta los topes, moviéndonos como almas en pena, sin rumbo claro. Como era de esperar, Jackson se desvía hacia la sección de videojuegos —otra de sus frikadas reconocidas— mientras yo, resignado, me dejo arrastrar hacia la zona especial montada para Halloween, hasta los topes de decoraciones espeluznantes y golosinas cada cual más rara y ridícula.

—¿De cháchara, Riley? ¿Cargando el carro de chuches para esta noche? —escucho de repente a mis espaldas y me detengo en seco al reconocer esa voz. Es la de la chica más bonita de toda Minnesota: Chloë Williams.

Me doy la vuelta, intentando mantener la compostura.

—Peor aún, sucumbiendo a los deseos de un loco chiflado por Halloween.

—Jackson O'Brian —responde ella, adivinando al culpable sin esfuerzo.

—El mismo —le digo, esbozando una sonrisa traviesa.

Nos quedamos mirándonos en silencio durante unos segundos que parecen una eternidad. Sonrío y la miro, como siempre, y me pierdo en esos ojos tan azules como el cielo. Sí, es un cliché barato, pero es la verdad. Los míos se deslizan hacia sus labios, observando cómo sus dientes mordisquean con suavidad una pielecilla del inferior. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarme llevar por las ganas, abalanzarme hacia ella, atrapar su cara con ambas manos y lamerlo despacio.

Joder...

—Hey, hey... Riley —su voz me saca de golpe de mis pensamientos. La miro a los ojos, tratando de recomponerme—, ¿quieres que te ayude con la compra? Se me da bien. No en balde me avala haber cuidado de cinco hermanos menores mientras mi madre hacía guardias nocturnas en el hospital.

De repente, el concepto de respirar parece algo nuevo para mí. Abro la boca para recordar cómo se hace.

—Claro, podrías echarme una mano... o las dos —le informo, y me río tontamente mientras me rasco la nuca, como si de repente me picara por tener pulgas. Siempre que estoy con ella me convierto en un completo palurdo, con todas las letras: pa-lur-do.

—Bueno —ríe entre dientes—, a ver qué llevas en el carro.

Ella se agacha para inspeccionar, y yo le hago un escaneo rápido, disimulando lo mejor que puedo. Lleva unas bambas, una camisa de flores metida en unos jeans de tiro alto, y un par de trenzas de raíz que enmarcan esa preciosa cara que me tiene loco.

Oh, sí, loco de atar...

Chloë deja de fisgonear en el carro y se yergue frente a mí, justo cuando me pilla mirándole el culo. Perfecto. Genial. Mi día va mejorando por momentos.

—Ay, Dios... —exclama, y sus mejillas se tiñen de un rojo que podría rivalizar con un semáforo en plena intersección— Riley Anderson, ¿estás haciendo lo que creo que estás haciendo?

Sí, cielo, me acabas de pillar con las manos en la masa.

A mí, en cambio, las palabras se me atragantan como si fueran espinas. Así que suelto, sin gracia alguna:

—Eso me temo —murmuro, sin aliento, con la voz más estrangulada que un globo desinflado, levantando las cejas a lo Groucho Marx en un intento desesperado por salvarme, pero sin éxito alguno—. Soy como el lobo Feroz del cuento... tengo ojos para verte mejor...

«¡Auuuu...! Patético, Riley, eres patético», me flagelo mentalmente.

Te juro que esto solo me pasa con ella. Con ninguna otra chica. Jamás. Es el efecto colateral de que me guste tanto, de que me guste de verdad.

Le deseo, también.

Silencio.

Más silencio...

Chloë me mira con esa expresión de: «no sé si reírme o buscar un agujero donde esconderme». No tengo muy claro si es por haberme pillado mirándole el trasero o por la tontería cósmica que acabo de soltar. ¡Supongo que por ambas cosas a la vez!

Me había pasado el último lustro sin poder sacarme de la cabeza a la chica de la eterna sonrisa y los cientos de lunares esparcidos por su piel. Y estoy absolutamente seguro de que no voy a lograrlo ni en los próximos cien años.

En serio, una vez que conoces a Chloë Williams, no hay manera de vivir sin que ella invada cada rincón de tu mente.

¿Romántico? Quizás. O puede que pienses que soy un inmaduro, y sinceramente, me da igual. La verdadera pena es que no puedas comprenderlo, porque eso solo significa una cosa: jamás has amado a alguien tanto que duele. Y no hablo del amor que tienes, sino del que se te escapa entre los dedos, del que ves, pero no puedes tocar ni estremecerte.

Y seguro que te estás preguntando por qué no le echo huevos y me confieso, por qué prefiero fantasear con besarla en vez de hacer algo al respecto. Bueno, la respuesta es simple... o muy complicada, según cómo lo veas. Ella y yo estamos en dos galaxias completamente opuestas. Te lo prometo, cada uno en una punta del cosmos, orbitando en realidades distintas. Imposible que coincidamos, colisionemos o siquiera coexistamos en el mismo plano.



Ey, hazme caso y ten paciencia, porque muy pronto entenderás la razón.

8

Jackson

No pienso entrar al trapo.

No voy a seguirle el juego esta vez.

Riley necesita un baño de realidad más pronto que tarde, o esto se nos va a ir de madre en un abrir y cerrar de ojos.

—Joder, pipiolo... —me atraganto con mi propia saliva al ver el carro que tiene delante—. Pero, ¿qué coño has comprado? ¿La tienda entera?

Observo el carro rebosante de cosas, como si hubiera ganado un concurso de «todo lo que puedas meter en cinco minutos». Se habrá dejado el sueldo y el aguinaldo, enterito. No se puede ser tan generoso ni con uno mismo, joder.

—Sí, ha sido cosa de Chloë. Ya sabes cómo es...

Lo veo coger una *Reese's Peanut Butter Cup*, una de esas chocolatinas de mantequilla de maní recubierta de chocolate, que, por supuesto, ha reservado para los críos que pasen por casa pidiendo truco o trato.

—Cosa de Chloë... —repito como un lorito, incapaz de contener el sarcasmo—. De Chloë...

—Sí, de ella.

Resoplo, completamente indignado. ¿En serio? ¿Está diciendo esto en serio? ¿O me está provocando? Mejor aún, ¿me está vacilando?

—Riley, vamos, tío. Déjalo ya. Supéralo. Ve a terapia, a un *coach*, a un chamán... ¡Qué sé yo! Sabes que te apoyo en todo lo que hagas... No somos solo amigos, somos familia —hincho el pecho con orgullo y le atrapo la cara con las manos, forzándolo a mirarme directamente. Mis ojos fijos en los suyos, sin pestañear, y le susurro despacio, clarito, para que lo entienda sin lugar a dudas—. Chloë Williams es... pa-sa-do.

—No me jodas. No lo es.

—Hostias, sí que lo es. Olvídala ya.

—Sabes que no puedo.

—Puedes. Debes —le exijo, sin la más mínima contemplación.

—Jackson.

—Riley.

Me quedo mirándolo, esperando algún tipo de reacción que nunca llega. Se ha quedado atascado, como esas compresas que obstruyen las cañerías, bloqueando todo razonamiento lógico. Así que, sin pensarlo dos veces, le arreo una hostia en la cara con la palma abierta, a ver si con eso lo saco del coma inducido por la estupidez crónica.

—¡¿Qué coño...?! —se lleva la mano a la mejilla, mirándome como si fuera yo el que ha perdido el juicio.

—Te lo tenías merecido. A ver si así espabilas, que pareces una cinta rayada. Si no te

sacudo yo, vas a necesitar un exorcismo para sacarte a Chloë de la cabeza.

—Vete a la mierda.

—Vete tú, cabrón.

Niega con la cabeza, pero de repente se le escapa una risa, una de esas que empiezan en la garganta y acaban saliendo en carcajadas. Yo no tardo en contagiarme, y pronto estamos los dos riéndonos como idiotas, sin razón aparente, mientras su mejilla izquierda empieza a volverse morada, como si estuviera desarrollando unas paperas de tamaño industrial.

—Dios... —logro decir entre risas, señalando su cara—. Cuando atizo, tío, me doy miedo hasta a mí mismo. Soy una bestia, ¿eh?

Riley se sigue riendo, aunque ahora entre dientes, tocándose la mejilla con cuidado, como si estuviera comprobando si todavía tiene todos los dientes en su sitio. Y, honestamente, no sé si reímos por la situación absurda o porque, en el fondo, sabemos que, golpe o no, la conversación sobre Chloë sigue siendo el verdadero dolor que no se va.

9

Riley

—¿Ah, en serio?

—Tal cual, colega.

—No me lo puedo creer —arrullo con ironía mientras pongo en pausa el décimo episodio de la tercera temporada de *Breaking Bad*, la serie de drama criminal que todos alaban. Sí, ese, el famoso episodio de la mosca, el que nadie termina de entender del todo, pero que supuestamente es una profunda reflexión sobre la interminable batalla de Walter contra una mosca... o más bien contra sí mismo. La mosca es, ya sabes, una metáfora de su necesidad enfermiza de control, lo que, sorpresa, lo lleva a la ruina. Es como si de pronto, eso explicara todas las malas decisiones que ha tomado mientras, aquí estoy yo, dejando caer los pies sobre la mesita del salón, filosofando sobre mi vida—. Vamos, necesito que me lo repitas, porque no me está entrando en la cabeza.

Lo miro con los ojos desmesuradamente abiertos, tratando de procesar la absurda noticia. La sonrisa de Jackson se ensancha hasta un límite casi indecente, mientras se rasca el mentón con un aire de suficiencia irritante.

—Dakota Johnson me ha besado, y no fue un besito cualquiera. No, no, esto fue un beso de tornillo, amigo.

—Tío, que lo sepas, esa expresión es más vieja que el VHS.

—¡Qué dices! El que está pasado de moda eres tú... eres vintage, tío.

—Venga, va. Detalles.

Se humedece los labios, se rasca una ceja y hace crujir los nudillos antes de pronunciar:

—Como haga la misma magia besando con los labios superiores, no quiero ni imaginar las maravillas con los inferiores...

Lame al aire, me guiña un ojo y yo pongo los míos del revés.

—Vamos, capullo. No quiero esa clase de detalles.

—¿Entonces?

Me quedo en silencio.

—Bueno, no sé... si era lo que esperabas —alcanzo a decir sin saber muy bien por dónde encauzar la conversación— ¿Si después la llevaste a casa?

Lo miro y remiro. Tiene una sonrisita de perdonavidas integral que no puede con ella. Está disfrutando el muy mamonazo de que me estoy liando solo por meterme en berenjenales que no sé salir después.

—No hubo sexo. Aún —aclara, y le falta solo soplarle las uñas para luego pulirlas con ese hortera jersey de cachemir que ha decidido lucir hoy.

—Aún —repito, entre sarcasmo y resignación—, esto promete.

—Mucho, joder —responde él, mientras toma aire como si estuviera inhalando la

esencia misma del universo, y sonrío con una cara de tonto enamorado que dan ganas de abofetear.

Inspira hondo y luego, con esa misma expresión de bobalicón, añade:

—Imagina por un momento que... —sus manos comienzan a moverse en el aire como si estuviera descifrando los secretos del cosmos, y yo, por alguna razón inexplicable, me encuentro siguiendo el trayecto de sus gestos— ... imagina todos tus deseos en fila, uno tras otro, como si fueran a pasar lista. ¿Lo visualizas?

—Ajá —asiento, no porque lo entienda, sino porque cuanto más rápido le siga el juego, más pronto acabará este espectáculo de filosofía barata que sospecho tiene que ver con su típica verborrea sobre la vida, el amor y demás chorradas.

Allá va, en tres, dos, uno...

—Pues imagina que yo he materializado todos mis deseos hace exactamente... —mira su reloj Casio de modelo «no me importa un carajo la moda» y suspira, tan profundo que creo que se ha dislocado un pulmón en el proceso—... media hora.

—¿Qué demonios estás diciendo? O sea, que te has enamorado. Más aún, si eso es posible.

—Más, tío. Mucho más. ¡Hasta las trancas!

Joder...

Sacudo la cabeza, intentando asimilar la magnitud de su intensidad. En serio, el intensito de mi amigo se está cubriendo de gloria. Probablemente le entienda... a medias, especialmente con lo que me pasa a mí con Chloë. Pero claro, estamos hablando de Jackson, el tipo que se enamora con la misma regularidad que cambian las estaciones, un mínimo de cuatro veces al año. Y que conste que le quiero, como la trucha al trucho —o como un hermano con un sentido del ridículo fuera de serie—, así que esto no es, ni de lejos, una diatriba.

Segundos después, fiel a su naturaleza, sigue con su alegato romántico, empeñado en convencerme de la profundidad de su última epifanía amorosa.

—Vivo por ella, respiro por ella... y moriré por ella.

Ruedo los ojos y, con la calma de quien ya ha visto demasiados episodios similares, le toco la frente con el dorso de la mano, como asegurándome de que no tiene fiebre y que no está delirando.

—Vale, Doctor Pasión, solo quería asegurarme de que no te has dado un golpe en la cabeza —espeto, alzando las cejas en su dirección.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber lo que se siente cuando estás colado por alguien —masculla, apartando mis dedos de un manotazo como si le quemara la piel.

Me cago en todo.

Claro, cómo no. Jackson y su jodida sinceridad brutal.

Me callo, aunque me toque las narices, porque al final del día, tengo que admitir que el muy cabrón tiene razón. Chloë Williams es, y siempre será, mi talón de Aquiles.

—*Touchè*, pedazo de cabroncete —suelto con un suspiro resignado.

Bien.

Está bien.

Ha llegado el momento perfecto para soltarle la bomba.

—La he vuelto a ver.

Jackson me clava los ojos, esa mezcla de furia y frustración que ya he visto mil veces.

—Tío, tienes que parar —gruñe entre dientes, como si estuviera mordiendo el aire—. Haz que pare.

—No puedo —resoplo, notando cómo el pecho se me encoge y la respiración se vuelve pesada, como si tuviera un maldito yunque encima.

—Venga ya. ¿Qué cojones te pasa? ¡Claro que puedes!

A mi parecer, no tiene ni pajolera idea.

—¡Hostia puta! No es tan fácil, ¿vale? La echo de menos, maldita sea.

—Joder, ya lo sé —bufa entre dientes, pero su tono tiene algo diferente esta vez.

Y ahí está, justo en ese maldito momento en el que los sentimientos me arrasan como un tsunami, retorciéndome las entrañas sin piedad. En ese instante tan jodido entre sentirme roto y furioso, esperando la habitual colleja de Jackson para que despierte de este estúpido trance, me sorprende. En vez de pegarme el típico cachetazo para devolverme a la realidad, se abalanza sobre mí y, en un movimiento que nunca habría esperado, me abraza.

Me quedo congelado por un segundo, confuso. Pero luego lo imito, dejándome llevar. Y ahí se va todo: la rabia, la tristeza, la incertidumbre... y esos malditos recuerdos de mi chica preferida, de su sonrisa, la más dulce que he visto en toda mi vida.

—Suéltala, Riley... —dice en voz baja, casi como si fuera una súplica—. Tienes que soltarla.

Destrozado, me separo, y mientras intento recomponerme, me seco una lágrima que se escapa sin permiso.

—Te juro por Dios que lo voy a intentar.

—Eso —dice con su voz mucho más suave de lo normal—, es justo lo que necesitaba oír.



9

Jackson

—Una, dos, tres, cuatro...

—Jackson, pero, ¿qué haces? —pregunta Dakota, con una mezcla de curiosidad y exasperación en su voz.

Le dedico una sonrisa traviesa mientras le aparto la melena con cuidado, dejando al descubierto su hombro desnudo, esa parte que siempre me ha parecido de lo más sexy.

—Contar tus lunares —respondo con un tono que pretende ser casual, aunque estoy bastante metido en mi tarea.

Ella frunce el ceño, claramente intentando entender qué clase de tontería estoy haciendo esta vez.

—No, en serio.

—Sí, muy en serio —replico, dejando un rastro de besitos suaves que recorren su piel—. Estaba en cuatro, pero me acabas de distraer. ¡Ahora tendré que empezar de nuevo!

Madre mía, ya me estaba poniendo perraco y, por si fuera poco, en un territorio para nada neutral: su dormitorio. Claro, con la puerta de par en par, como mandan las exigencias de su queridísima madre, quien no se fía ni un pelo de mí. Y, francamente, bien que hace... porque si fuera por mí, esa puerta estaría más cerrada que una caja fuerte, pero conmigo fuera.

—¿Por dónde iba? —la miro con deseo con mis ojos recorriendo cada centímetro de su piel expuesta—. Ah, sí.

Justo cuando estaba a punto de decirle que se desabrochara los primeros botones de su camisa para poder unir con mi yema las constelaciones de lunares que adornan su espalda, mi teléfono vibra insistentemente en la mesita de noche. El maldito WhatsApp de Riley.

—Espera un segundo —digo, levantando un dedo, frustrado, pero sin opción, y alargo el brazo para alcanzar el teléfono, justo cuando la situación estaba poniéndose realmente interesante.

Desbloqueo la pantalla y leo el mensaje:



Dios.

Qué.

Merluzo.

—¡Vamos, no me jodas, chaval! —suelto con brusquedad, apretando los dientes como si el mensaje de Riley me hubiera atravesado la paciencia.

—¿De quién hablas? —pregunta Dakota con su voz llena de curiosidad mientras se incorpora de la cama, sentándose sobre sus tobillos. Luego, arruga la nariz con esa expresión de inocencia que me vuelve loco, pero esta vez con un toque de intriga.

—Del zoquete de *my brother*. —Lo digo como si fuera obvio, aunque me preparo para lo que viene.

—¿Te refieres a Riley? —pregunta, con el ceño ligeramente fruncido.

—Equilicuá. Justo ese. El genio que está dejando que su vida se vaya a la mierda —confieso, arrastrando las palabras con un dramatismo digno de una telenovela. Vale, quizá exagero un pelín, si me apuras. Pero es que el tío se lo está ganando a pulso. ¡Como la hostia con la mano abierta que se va a llevar cuando me lo encuentre cara a cara esta noche en la cena!

—Cuéntame más —añade Dakota, inclinándose un poco hacia mí, con esos ojos que rezuman curiosidad.

Vaya, con la morena.

No me la esperaba tan cotilla.

De repente, me la imagino de mayor, en la entrada de su casa, sentada en una silla de plástico junto a su mejor amiga, ambas con ganchillo en mano, tejiendo como si no hubiera un mañana mientras desmenuzan sin piedad los secretos más intrínsecos del vecindario. Cada detalle, cada chisme jugoso, diseccionado con la precisión de una cirujana.

—Es que... es un tema bastante personal, ¿sabes? Y si él se entera de que yo... te lo he contado... pues me cortará los huevos, así de simple. —Arrullo. Hago un gesto exagerado con las manos, como si ya pudiera sentir la amenaza inminente—. Y la verdad, me gusta mantener todo en su sitio.

—Bueno, te entiendo —responde, aunque no lo dice muy convencida. Estoy seguro de ello porque se le escapa una carita de perrito desvalido al no conseguir lo que desea que me hace soltar una risa.

Lo sé porque a Dakota la llevo observando desde primaria; me sé todos sus gestos y movimientos de memoria. Todos. Desde la manera en que se muerde el labio cuando está nerviosa hasta ese ligero fruncir del ceño cuando algo no le gusta. Y en este momento, puedo leer en su expresión que no le hace gracia la idea de que no pueda contarle más.

—Está bien, morenaza. Ahí va... —expreso, con un tono que delata mi nerviosismo.

Riley me va a matar.

—El mensaje era sobre Chloë Williams.

Ya siento cómo sus manos, casi como garfios, se cierran alrededor de mi cuello, privándome del oxígeno.

—Asegura que la ha vuelto a ver.

—No te creo —aventura, cubriéndose la boca con las manos, tratando de contener la incredulidad que brilla en sus ojos verdes, que destilan un gran asombro.

Soy un hombre muerto.

Un puto fiambre...



10

Riley

—¿Truco o trato?

Jackson niega con la cabeza y, sin tomar aliento, hunde la mano en la cesta de golosinas de goma y se zampa de golpe todas las que le caben en un puño con ansia viva.

—Ey, ¿te encuentras bien?

Me mira como si le hablara en arameo con sus ojos desorbitados y confundidos mientras empieza a masticar ruidosamente, hecho que sabe que me molesta bastante.

—¡La hostia de bien! Para ser exactos, igualita a la que te voy a estampar con la mano abierta en toda esa jeta. Eso es lo que no te iría nada mal, Riley —barrunta, con la boca llena, y casi puedo ver cómo las golosinas se mezclan con su saliva, formando una repugnante película entre dientes, lengua y encías que te juro por mis muertos que da mucha grima.

¡La imagen es tan asquerosa que me dan ganas de reír y vomitar a partes iguales!

—¿Ya se te está yendo la pinza?

—¿A mí? —arrastra las palabras, señalándose con un gesto animado—. ¿Me estás vacilando? ¿A mí? Remotamente, ¡ni en sueños!

Pongo los ojos en blanco. Jackson y su absurda forma de explicarse como un libro cerrado, algo que había empezado a hacer con demasiada regularidad desde hace meses.

—Ya que vas a darme una buena paliza —quiero saber—, al menos deberías decirme por qué.

—¿Lo quieres saber?

—Pues claro que lo quiero saber —farfullo, sintiendo cómo la frustración comienza a burbujear en mi interior.

—No quieres saberlo...

Me rasco la cabeza como si tuviera sarna, un gesto que me resulta cada vez más habitual. Suspiro con resignación, sintiendo que esta conversación de besugos me está crispando los nervios hasta límites incalculables.

Me toca mucho la moral que hablen delante de mí de temas que me atañen como si no estuviera presente. Es como si estuvieran jugando a las escondidas, y yo siempre quedara como el tonto al que no le cuentan nada. Te juro que estoy tratando de esforzarme en mantener la paciencia, pero empiezo a estar harto de ese jueguecito de «yo lo sé, pero tú no».

Para ser franco, es retorcido.

—Como sea, suéltalo ya, de una putísima vez, joder.

Suéltalo, suéltalo, no lo puedo ya retener...
Suéltalo, suéltalo, ya no hay nada que perder...

Maldita sea. La estrofa de la canción de Frozen retumba en mi cabeza sin parar.

—Riley, eh... parece que aún no le has dicho nada a Chloë —musita, con esa voz calculadamente suave que me eriza los nervios.

Niego despacio.

—No, no se lo he dicho.

Se inclina hacia mí, rodeando mis hombros con su brazo y acercándose tanto que el aire mismo ni se atreve a pasar entre nosotros. Me susurra al oído:

—Amigo, tienes que decírselo ya. Hoy. Esta noche. Este puto Halloween —alcanza a decir, en un tono tan plano y cortante que me deja helado.

Me desplomo en el sofá, y él se hunde conmigo, como si el peso de la realidad fuera suficiente para hacer colapsar el mundo entero.

Así es como golpea la verdad: directo al estómago, sin una jodida compasión.

—¿Qué se supone que tengo que decirle? —pregunto en voz baja, tratando de ocultar el temblor en mis palabras, aunque, por desgracia, ya sé la respuesta. No necesito que Jackson me lo recuerde.

Se separa de mí y sacude la cabeza, lanzándome una mirada de esas que te traspasan hasta el alma, como si estuviera tratando de explicarle a un niño cómo se ata un zapato.

—La verdad, genio. Solo la verdad.



11

Jackson

—¡Estás terroríficamente cutre, Riley! —sentencio mientras choco mi mano con la suya y acto seguido nos damos un abrazo de esos que terminan en una palmada en la espalda.

—Gracias, Jackson, tú tampoco decepcionas —se jacta, bufando y enarcando una ceja mientras repasa su disfraz de Michael Myers.

Por razones obvias, debo admitir que, entre Krueger y Myers, nuestros atuendos nos quedan como un guante... bastante sangriento y pintoresco, además de un puntito... sexy.

En el acto, saco el móvil y lo preparo para un selfi. Le doy un golpecito en el hombro y digo con tono solemne:

—A ver, repite conmigo: «Halloween» con cara de asesinillo en seriecilla.

Riley esboza una mueca de psicópata de manual, y, lo admito, lo hace bastante bien, hasta el punto de darme algo de escalofrío. Yo, mientras tanto, intento aguantarme la risa, pero justo cuando estoy a punto de apretar el botón del móvil para immortalizar este momento, suena el timbre y veo por la mirilla a los primeros renacuajos de la noche, todos ansiosos por dulces.

—¡Al ataque! —grito, abriendo la puerta de par en par mientras me ajusto la máscara de Freddy Krueger.

Frente a mí, unos renacuajos que no levantan tres palmos del suelo: una calabaza (cosida a mano), un fantasma (Casper) y una bruja (más fea que mi difunta tatarabuela), quienes balbucean:

—¡Truco o trato!

Alzo las cejas detrás de la máscara y pongo los ojos en blanco. ¡Oh, sí, claro... qué intimidante...!

Me inclino un poco hacia ellos, dejando que la penumbra de la entrada me envuelva, y en mi mejor voz de villano de película B, digo:

—Truco o trato, ¿eh? Pues aquí solo hay dulces para los que no gritan.

Los críos se miran unos a otros, con esa mezcla de curiosidad y terror que solo ellos logran manifestar de forma espontánea. ¡Equilicué! Justo lo que buscaba. Entonces, lanzo un gruñido gutural y agito las manos como si fueran garras.

—¡Argggggggggggggg!

Al instante, saltan hacia atrás, soltando risitas nerviosas y grititos apenas contenidos. Y en el preciso momento en que están a un paso de salir corriendo, le arrebató a Riley la cesta de dulces de las manos. Me mira como si le hubiera robado la vida mientras gruñe con incredulidad:

—Pero, ¿qué cojones estás haciendo? —pregunta entre dientes.

El cabronazo me mira con recelo.

¿Acaso nunca ha sido un crío y ha nacido con pelo en los huevos?

Joder...

—Conseguir que se las ganen —me río divertido, doblándome— así desde pequeños saben que todo conlleva un esfuerzo.

Me lanza una mirada asesina en plan: Capullo, ¡que solo tienen siete años y sus padres están esperándolos detrás de la verja!

—Por Dios, relájate —le suelto cuando los tres enanos huyen despavoridos a la casa de los vecinos.

Sigo su mirada que se alza al cielo, ahora cubriéndose lentamente de un negro profundo, apenas salpicado por una manta de estrellas titilantes.

—Ya casi es de noche —susurra con dramatismo, soltando un suspiro cargado de resignación. Después, mira la hora en su reloj de pulsera y suspira otra vez, más sombrío aún, y se vuelve hacia mí— quedan tres horas para medianoche...

Claro, sé muy bien lo que significa esa hora. No, no es que la carroza se vaya a convertir en calabaza ni que el vestido vaporoso de Cenicienta se transforme en harapos. Este es otro tipo de *hechizo*.

—¿Estás bien? —le pregunto, pellizcándole suavemente la nuca con algo de ternura. Tiene esa cara de: «qué jodido estoy y nadie me entiende».

—Bueno, ya sabes... el mismo final deprimente de cada año cuando las manecillas se abrazan a las doce en punto.

—Debo acabar la canción. Hoy. Este año. —Sentencia. Su tono es grave, decidido. Tan decidido como el año pasado. Y el anterior. Y el...

—¿Hablas en serio? —resoplo, pero antes de poder reaccionar, ya se ha metido en casa y se ha atrincherado en su habitación, como cada maldito año.

Ahora mismo me encuentro sosteniendo la ridícula cestita de chucherías, mirándola con una mezcla de repulsión y resignación. Luego me olfateo los sobacos, frunzo la nariz y sacudo la cabeza.

Huelo a macho, sí, pero no a un tigre... aún no llego a tanto para que me haya abandonado el buen olor como el mítico anuncio del desodorante.

—Solo, solito, solo. Otra vez solo, y no, esta vez no es por falta de higiene, no señor. Sino por esa fijación platónica, la de su amor omnipresente y, francamente, deprimente: Chloë Williams. La viva imagen de Rebecca, la de Daphne du Maurier, en su edición Halloweendense.

Dicho esto, solo me queda un remedio para sobrellevar la frustración de tener a un amigo fantasmagórico a jornada completa, y encima siempre por estas fechas: invitar a Dakota a que venga y me dé unos cuantos mimitos.



12

Riley

—Tiene que ser esta noche.

He bajado con la guitarra al salón, acomodándome en la vieja butaca junto a la chimenea. La misma donde, una noche de hace años, me encontré queriendo besar a Chloë por primera vez. En ese mismo rincón donde, mientras pellizcaba las cuerdas y versionaba *Don't Dream It's Over* de Crowded House, sentí que me estaba enamorando de ella sin remedio.

Miro las manecillas con resignación, fastidiado porque el estribillo sigue sin cerrarse. De pronto, escucho unos pasos acercándose tras de mí y, claro, ni me inmuta. Reconozco al instante ese modo suyo de caminar, como si arrastrara las suelas de las deportivas con una mezcla de desgano y determinación.

—Espero no interrumpir —murmura, con esa sonrisa que siempre parece saber más de lo que deja ver—. Sé que estás ocupado intentando acabarla.

—Tú nunca molestas, Chloë Williams.

Le sonrío. Ella, siempre tan inesperadamente tímida, se sonroja. Y yo... bueno, me quedo mirándola, pensando que tal vez, solo tal vez, esta noche pueda encontrar el final de la canción.

—¿Me puedo sentar a tu lado?

—¿En serio me lo preguntas?

Retiro varias partituras y garabatos en papel de lo que estoy trabajando mientras ella se acomoda, alisándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Qué demonios, está absolutamente preciosa, tal como siempre la recuerdo. En cambio, yo me veo con esas arruguitas de expresión surcando mi mirada, como si el tiempo me hubiera dejado sus marcas. Por ella, sin embargo, los años no parecen pasar. Cinco, para ser exactos.

En ese preciso momento, cuando revivo todo de nuevo, una oleada de impotencia, rabia y remordimientos de conciencia me inunda el pecho y me ahoga.

Todo regresa a mi mente...

Sobre todo, las mismas preguntas que me parten el alma en dos:

¿Y si no hubiese ido tan rápido?

¿Y si me hubiera asegurado de que se ataba bien el casco a la cabeza?

¿Y si no hubiese insistido en acompañarla a casa...?

La realidad se cierne sobre mí, aplastante y pesada, y solo puedo preguntarme si alguna vez tendré el valor de enfrentar mis demonios. ¿Y los suyos?

La miro.

Mierda.

No puedo apartar la vista de esos ojos tan azules que parecen reflejar un universo entero.

Joder.

La siento tan... real que me provoca una mezcla de miedo y dolor, una mezcla emocional que me deja tambaleándome como un idiota.

Suspiro.

Deslizo mi mirada hacia sus labios, esos que mordisqueea como si se tratara de un tic nervioso, y me doy cuenta de que son lo más hermoso y sensual que he visto en mi maldita vida.

Chloë en su esencia más pura.

Chloë más viva que nunca.

Chloë más mía que siempre.

Es como si el tiempo se detuviera, y en ese instante, todo lo que una vez creí imposible se vuelve palpable. La confusión y el deseo se entrelazan en un torbellino de emociones que no sé cómo manejar.

De hecho, cuando quiero darme cuenta, ya es irremediablemente tarde. Atrapo su rostro entre mis manos, y en un arrebato incontrolable, me acerco hasta que nuestros labios chocan.

Cierro los ojos.

Por fin.

Después de tanto tiempo...

Siento el roce de su aliento cálido, invadiendo mi boca como si buscara hacerse un lugar en mi lengua. No tardo en corresponder, explorando la suya, húmeda y tímida. La lamo despacio, recreándome todo lo que puedo.

Con la respiración hecha un desastre, ella me agarra del cuello y me arrastra más contra sus labios. Juro por Dios que en ese instante todos mis sentidos me abandonan, como si mi alma hubiese decidido desprenderse de mi cuerpo, de mis huesos, de cada célula.

Tiemblo.

Sabe tan bien.

Huele tan endemoniadamente bien, similar a las castañas recién asadas...

Un gruñido profundo se escapa de mi pecho cuando sus uñas se deslizan por mi espalda, arañándome las costillas a través de la camisa tejana. Me aparto un segundo, solo para mirarla a los ojos y confesarle lo que nunca he dicho en voz alta: siempre estuve enamorado de ella. Siempre.

—Nunca ha habido nadie que me importase tanto como tú y nunca lo habrá, Chloë Williams —jadeo contra sus labios antes de devorarlos otra vez, reclamándola otra vez, con una necesidad brutal, con el anhelo de un condenado al que le han dado un indulto.

Por fin, lo digo en su cara, sin el maldito destino acechando ni las estúpidas jugarretas del karma. Aquí está mi chica especial, la tengo delante, y me mira con los ojos brillantes, el rostro encendido, y una sonrisa temblorosa mientras jadea por culpa de mis besos.

Yo. Sí, yo, Riley Anderson, el tipo menos popular de la faz de la tierra... ¡besando a Chloë, la inalcanzable Chloë Williams! Y ahora que he probado sus labios, soy un pobre diablo atrapado, un esclavo miserable de cada gota de su saliva, de la hipnótica danza de su lengua, de cada...

—Ay, por Dios. ¿Qué rayos está haciendo tu amigo? ¿Ha perdido completamente la

cabeza? —grazna Dakota, la nueva novia de Jackson, detrás de mí— ¡Está fuera de sus casillas...!

—¡Mierda! Joder, sí —suelta Jackson a la brava.

Me obligo a apartarme de los labios de Chloë, enfurecido por estos dos chismosos que tienen el descaro de irrumpir en nuestro beso. Porque no es solo un beso cualquiera, sino el punto culminante de años de devoción y sentimientos reprimidos por ella. Y estos dos, claramente, ¡están profanando nuestro momento con una falta de tacto absoluta!

—Un segundo, —jadeo contra la boca de Chloë y me doy la vuelta para enfrentarme a ese par que me observan como si acabaran de descubrir un fantasma. Especialmente Dakota, que tiene los ojos como platos— ¿Qué demonios estáis haciendo? ¿Os suena la palabra *intimidación*?

Jackson se aproxima con decisión, con cara de circunstancias, y se planta frente a mí, o, mejor dicho, frente a Chloë y a mí.

—Tío, te veo besar a la nada, con lengua y todo. Te escucho jadear como si estuvieras en plena éxtasis. Y, para colmo, ¡te veo abrazar y meter mano al aire como si eso tuviera algún tipo de sentido! —Alega, levantando la voz, poniendo el grito en el cielo en una mezcla de horror y perplejidad que nunca había visto en él.

—¿De qué demonios están hablando Jackson y Dakota, Riley? —pregunta Chloë, mirándome con ojos brillantes y esa voz rota que me atraviesa como una puñalada.

—Ellos solo están bromeando, Chloë. Nada de lo que tengas que preocuparte, —le aseguro, intentando que mi voz suene firme, pero sintiendo la ridiculez de mis propias palabras.

—Joder, me cago en la puta, —escupe Jackson, alzando las manos a su cabeza con una mezcla de horror y desesperación, como si acabara de presenciar algo salido de una película de terror que tanto venera, incapaz de decidir si debería echar a correr o llamar a un exorcista— ¿Está *ella* aquí? ¿Ahora mismo? ¡¿A tu lado?!

Su mirada de absoluto espanto me deja claro que, en su cabeza, estoy a un paso de ser ingresado en un hospital psiquiátrico. Como si de repente, en lugar de su amigo, estuviera viendo a un completo psicópata.

Mi mente comienza a dispararse en mil direcciones a la vez, como un tren descontrolado.

—Sí, Chloë está a mi lado. Ahora mismo.

Jackson avanza, acortando la distancia entre nosotros con su mirada fija en la mía, dura como el acero.

—*Ella* NO existe...

Se planta delante de mí.

—Chloë Williams NO EXISTE, —dice en tono de advertencia, desafiándome con sus ojos ardiendo con una terquedad inquebrantable— Puedo decirlo más alto, pero no más claro.

—¡¿Qué?!

—espeta Chloë con la voz desgarrada. Siento el dolor en su tono como si fuera una cuchilla afilada.

Deslizo la mirada letal, la de: «te voy a matar lentamente y sin remordimientos» hacia mi querido amigo, pero luego busco desesperadamente los ojos de Chloë.

Nonononono.

Por favor, no.

¡Esto no puede estar pasando!

Paso las manos por mi cara, queriendo borrar la maldita realidad en la que estoy atrapado sin escapatoria.

—Riley, —insiste Chloë con una mirada dolida que me destroza el alma y estando a punto de llorar— ¿por qué dice eso Jackson?

Intento sonreír, aunque siento que la sonrisa se me quiebra antes de formarse del todo.

—No te preocupes por eso... es Halloween, —murmuro con tristeza— ya sabes, es su único y puñetero día del año en el que es realmente feliz y le gusta llamar la atención.

—¿Seguro?

Chloë se coloca frente a Jackson, con su expresión llena de confusión y un toque de pánico. Pasa la mano ante su rostro, pero él ni parpadea. Ni una mínima reacción. Obvio, no puede verla con la claridad con la que yo la veo, como si fuera la única persona en la habitación.

—¿Hola? ¿Jackson? ¡¿Me ves?! ¡¿Puedes oírme?!!

El corazón se me paraliza y la garganta se me cierra.

No, no puede descubrirlo... no todavía.

No estoy listo para perderla.

No quiero que esto acabe nunca. No quiero enfrentar los otros trescientos sesenta y cuatro días del año sabiendo que no la volveré a ver, que no habrá otro 31 de octubre en el que me visite.

¡No, por favor, no!

—No-me-ve, Riley... no me ve... —solloza, sus palabras como un puñal que se hunde cada vez más en mi pecho.

—¡Mírame, Chloë! —le imploro en un arranque de desesperación, atrapando sus hombros con manos temblorosas— No hagas caso de lo que digan... ¿Me has oído? ¡No hagas caso a nadie más que a mí!

Las lágrimas le atraviesan las pestañas, deslizándose una tras otra, incesantes y desgarradoras. Chloë sale despavorida hacia Dakota, desesperada por obtener una respuesta que la ancle a la realidad. Trata de tocarla, incluso de pellizcarla con dedos temblorosos, pero Dakota, la novia de Jackson, no muestra ni una pizca de reacción.

Nada.

Chloë Williams es invisible para todos... todos menos para mí. La única conexión que tiene con el mundo terrenal soy yo porque fui la última persona que la vio con vida.

Hace una pausa para mirarme.

—Riley, por favor... —murmura con su voz rota y angustiada, pálida, ahogada en una mezcla de lágrimas y dolor. Se lleva una mano temblorosa a las mejillas, limpiando las lágrimas gruesas que caen de su rostro sonrojado y con un deje lleno de desesperanza, me insiste arrastrando las palabras—: Dime qué está pasando...



13

Chloë

Estamos de nuevo a solas, Riley y yo, tras pedirle un poco de privacidad a su amigo y a Dakota. El silencio se cierne a nuestro alrededor, pesado, denso. Pero mi corazón no se detiene; sigue martilleando en mi pecho.

Bum, bum. Bum, bum...

Siento que debería echar a correr y desaparecer, pero no. Necesito ser valiente. Necesito escuchar cada palabra que Riley tiene que decirme, aunque se le quiebre la voz. Necesito saber qué es eso que yo desconozco y todos los demás saben, algo que me sigue como una sombra adondequiera que vaya.

—Chloë, siéntate en el sofá, por favor... quiero enseñarte algo... —susurra, su voz rota y temblorosa, como si cada palabra le costara la vida.

Nunca lo había visto tan devastado, tan vulnerable. Sus ojos se clavan en mí, reflejando un dolor que apenas puedo soportar.

Entonces, la preocupación crece dentro de mí como una ola imparable, y la incertidumbre de lo que está pasando me abrumba, me ahoga. Siento que estoy al borde de algo, ¡algo que cambiará todo para siempre!

Riley abre un álbum de fotos, sus dedos deslizándose por el borde de las páginas hasta detenerse en un tercio. Pronto comienzan a aparecer instantáneas: él, yo, los dos juntos con Jackson, riendo como locos, brindando, bailando. Cada foto parece un destello de un momento feliz, capturado y congelado en el tiempo.

Somos nosotros...

—¿Recuerdas esta fiesta?

Me inclino hacia adelante, observando cada imagen detenidamente. Las examino una a una, intentando descifrar el significado oculto que parece contener cada fotografía, la clave que podría desentrañar el acertijo.

—Sí, claro. Es la fiesta de cumpleaños de Sarah, la hermana pequeña de Jackson.

Riley asiente con la mirada sombría.

—Exacto. La fiesta de los dieciocho años de Sarah... Y dime, ¿recuerdas algo más después de esa fiesta?

Levanta la barbilla para mirarme, sus ojos me taladran con intensidad. Me quedo en silencio, los nervios se me enredan en el estómago, y trato de buscar en mi memoria, pero no hay nada. Solo un vacío inquietante.

—No, bueno... —murmuro, sacudiendo la cabeza, nerviosa y confundida a partes iguales— No recuerdo nada. No tengo recuerdos más allá de que me llevaras en la moto a casa y...

De repente, la ansiedad se vuelve una ola imparable, inundando cada rincón de mi ser. La saliva se agolpa, pesada en mi garganta, y trato de tragar, pero no puedo. El aire se me atasca, el pecho se me cierra.

Riley me toma de la mano, su toque cálido pero cargado de una tristeza que no entiendo, y se limita a suspirar. Esa exhalación lo dice todo, y al mismo tiempo no dice nada. La verdad que está a punto de revelarme parece mucho más dolorosa de lo que puedo imaginar.

Con la mano libre, Riley gira la página del álbum, como si dudara, como si el simple acto de pasar esa hoja fuera demasiado. Aparecen recortes de periódico, amarillentos y frágiles. Una fecha resalta de inmediato: 31 de octubre de hace cinco años. Mi mirada se desplaza hacia la siguiente imagen: un amasijo de hierros retorcidos bajo un camión de carga. El titular se graba en mi mente como una sentencia ineludible: «Joven de veintitrés años fallece trágicamente en un accidente de tráfico en la madrugada de Halloween.»

—No, no, no...

El corazón se me congela en el pecho, el aire se hace denso y sofocante. Mis ojos se llenan de lágrimas, las letras empiezan a desfigurarse y a difuminarse hasta convertirse en manchas borrosas.

Todo empieza a encajar, cada pieza de este extraño rompecabezas cayendo en su lugar con una frialdad aterradora.

Las lagunas de mi mente.

Los momentos difusos, las partes de mi vida que nunca logré reconstruir del todo.

El no tener recuerdos recientes.

Día tras día de una existencia borrosa que solo parece cobrar forma una vez al año, cada 31 de octubre.

Y Riley... Él, que cada vez tiene un par de arrugas más, una sombra más marcada bajo los ojos. Riley, que envejece, que vive, mientras que yo...

La verdad me sacude como un golpe helado. Yo, congelada en el tiempo, atrapada en una versión de mí misma que ya no pertenece a este mundo.

—Chloë... siento decírtelo así... —murmura Riley, su voz rota, cargada de un dolor incontenible— Porque para mí sigues estando viva... cada 31 de octubre...

Sus dedos aprietan los míos, desesperadamente, como si con ese simple contacto pudiera evitar que me desvaneciera.

—Mi vida se detuvo hace cinco años y se activa cada jodido 31 de octubre porque vienes a verme como si nada hubiera ocurrido.

Levanto la vista, y ahí está él, mirándome con esos ojos tan profundos, desbordantes de nostalgia y una tristeza contenida que me desarma. Intento hablar, quiero decirle algo, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, como si temieran romper el frágil momento. Las lágrimas corren sin control; mis emociones se desbordan. ¡No puedo dejar de llorar, no puedo controlar las emociones que me inundan como un torrente!

—¿Por qué... no me lo habías dicho en todos estos años? —balbuceo, sintiendo la urgencia de comprender lo que me ha ocultado.

—Porque temía que... si lo sabías, te desvanecerías para siempre.

—Estoy... muerta... —mi voz es un susurro quebrado mientras una oleada de incredulidad y dolor recorre mi cuerpo. Niego con la cabeza, incapaz de aceptar la verdad que se despliega ante mí.

Él continúa acariciándome los nudillos con una ternura desgarradora; sus ojos, llenos de amor y sufrimiento, brillan bajo la tenue luz. Para Riley, nunca he dejado de estar

presente.

—Para mí no lo estás, Chloë... para mí nunca falleciste.

—¿Y qué pasará ahora que lo sé? —susurro, sintiendo cómo el miedo y la incertidumbre se mezclan con la intensidad de sus palabras.

—No lo sé.

—Abrazame, Riley. Abrazame fuerte. No dejes que me separen de ti...

Sin decir nada más, me rodea con sus brazos, un abrazo cálido y desesperado, lleno de amor y de pérdida, como si temiera que el mundo nos apartara. Es el abrazo de alguien que jamás dejó de amarme, de alguien que teme perderme para siempre.

—No dejaré que eso ocurra.

Rota por dentro, me abandono entre sus brazos y dejo que el llanto se apodere de mí, cada lágrima llena de desolación, de un amor que desafía incluso la muerte.

—Pase lo que pase después de esta noche, siempre vivirás en mi corazón —susurra junto a mi oído, con una intensidad que traspasa el tiempo—. Ni el tiempo logrará arrebatar me tu recuerdo.

—Mi alma... siempre te pertenecerá, Riley Anderson.

—Y yo te amaré mientras viva, Chloë Williams.



EPÍLOGO

Cada 31 de octubre, Riley Anderson, con una devoción firme e inquebrantable, recorre el sendero hacia el cementerio al caer la noche, aguardando ese instante en una especie de ritual sagrado que ha repetido durante sesenta y siete años, con la esperanza de reencontrarse con Chloë Williams, como en aquellos primeros años tras su fallecimiento.

Con manos trémulas, deposita un ramillete de nomeolvides azules sobre la lápida de Chloë, una promesa silenciosa de amor eterno que desafía el paso del tiempo y de la razón; un amor que perdura firme más allá de la vida y la muerte.

De regreso a su hogar, lo recibe el cálido abrazo de su hijo Mathew, su nuera Olivia y sus dos nietos, Sebastian y Thomas. Desde siempre, cada Día de Todos los Santos, se reúnen para celebrar la festividad con alegría y compartir uno de sus guisos especiales, un delicioso menú que ha sido transmitido de generación en generación.

Mientras Sebastian, el menor de los hermanos, corretea por el salón, llenando el ambiente de risas y alegría contagiosa, Thomas, de doce años, siente una curiosidad insaciable que lo impulsa a bajar al sótano. Su emoción crece a medida que imagina perderse entre las cajas de recuerdos de su abuelo, donde cada objeto atesorado parece guardar una historia propia.

En ese espacio lleno de nostalgia, entre fotografías descoloridas y reliquias familiares, su mirada se detiene en unas viejas partituras de música. Su interés se despierta al descubrir una en particular, cuyo título aparece medio tachado y emborronado: «Polvo de amor y huesos.»

Sale corriendo escaleras arriba, dejando un rastro de partituras esparcidas por el suelo.

—¡Abuelo, abuelo! —grita a los cuatro vientos, lleno de entusiasmo, como si hubiese hallado el tesoro perdido de un barco pirata hundido en alta mar— ¡Mira lo que tengo!

Riley, inmerso en las páginas de su periódico, se recoloca las gafas en el puente de la nariz mientras observa cómo Thomas aletea una hoja. El pequeño, entusiasmado, se deja caer a su lado en el mullido sofá.

—Veamos qué tienes aquí, granujilla... —le sonríe con ternura, acariciándole los mechones desordenados de su pelo.

Con manos temblorosas, Riley despliega el viejo papel, y al instante, se convierte en pleno consciente de lo que tiene entre sus manos temblorosas por culpa de la enfermedad de Parkinson que padece desde hace unos años.

Un torrente de nostalgia lo envuelve mientras observa las notas y los trazos, rememorando vivencias pasadas en su veintena. Recordando los motivos que lo llevaron a querer componerla: Chloë Williams.

Su mirada se encuentra con la de Thomas, y en ese instante, ambos comprenden que

las cosas no suceden por mera casualidad, sino por un propósito más profundo.

—¿Podrías tocarla? —le pregunta su nieto con una amplia y radiante sonrisa en los labios.

Riley suspira y niega con la cabeza, sintiendo una mezcla de nostalgia y duda.

—Cielo, aún no está terminada.

—¡Puaj! Pues eso tiene fácil solución, ¡acábala! —apunta con total seguridad y un entusiasmo desbordante.

Su abuelo no puede evitar reír entre dientes.

—No es tan fácil, mi vida —le sonríe. Tiene un cierto brillo en sus ojos que revela un destello de esperanza— mis facultades musicales ya no son las mismas. Ya no...

—¡Yo te ayudo! —exclama, inflando el pecho con determinación— Estoy estudiando solfeo en clase de música.

—Cariño, hace mucho tiempo que no toco la guitarra... mis dedos viejos y huesudos ya no sienten la inspiración como antes...

—Mi profesora de ética nos ha dicho que nunca nos rindamos, que debemos perseguir nuestros sueños con esfuerzo y dedicación.

—Tu profesora es muy sabia, no lo discuto, pero... en la vida real, esas pamplinas a veces no son suficientes.

—Anda, papá. Deja de poner excusas a mi hijo, ¿quieres? —se oye decir desde el pasillo. Es Mathew, su hijo, quien, con un tono entre divertido y exasperado, intenta convencerle—. Además, siempre has sabido que tienes las de perder con tus nietos.

—De tal palo, tal astilla —gruñe enfurruñado el anciano, con una mueca que combina resignación y un toque de humor.

—¿Decías, papá? —sonríe Mathew desde la distancia con cierto tinte de desafío.

—Que cuando os ponéis en modo cabezotas, ¡no hay quien os gane!

—Creado a imagen y semejanza, no lo dudes, papá —replica su hijo, riendo a carcajadas, plenamente consciente de que esa obstinación es un rasgo familiar que los une como el pegamento.

—De acuerdo, no puedo competir dos contra uno —responde Riley, con un suspiro de rendición que esconde una sonrisa.

—Yo también *quedo* que la acabes... —se une el más pequeño de los hermanos a la entretenida conversación.

—¿Tú también, cielo? —interpela Riley, haciendo un esfuerzo por no reírse ante la situación.

—¡Síiiiiiiiiiiii! —atestigua el niño, casi saltando de la emoción.

—Vaya, esto es una apestosa confabulación —comenta el anciano, sacudiendo la cabeza con un tono sarcástico, mientras observa a sus nietos con una mezcla de frustración y ternura.

Atendiendo a las súplicas de sus seres queridos, Riley aquella misma noche se pone manos a la obra. Desempolva su vieja guitarra, un objeto cubierto de recuerdos, y con un único pensamiento en mente, en Chloë Williams, se deja llevar por la marea de los recuerdos que fluyen a su alrededor.

Al principio, le cuesta; incluso se enoja consigo mismo y con el maldito paso del tiempo que ha borrado muchas escenas de su vida pasada con ella. La frustración

burbujea en su interior, un recordatorio de lo efímero que puede ser todo.

Fatigado de darse cuenta de que es más complicado de lo que había supuesto, y a punto de tirar la toalla, se tumba sobre las sábanas de la cama, sintiendo el roce del tejido contra su piel, y cierra los ojos, reviviendo las últimas palabras que compartieron entre ellos ese último Halloween mientras el eco de su voz resuena en su mente:

—*Prométeme una cosa.*

—*¿El qué?*

—*Que vendrás a buscarme cuando deje de existir en este mundo. Así nuestras almas podrán estar juntas toda la eternidad.*

—*Pero eso, señor Anderson, será de aquí a muuuuuchos años.*

—*Tú solo prométemelo.*

—*Te lo prometo, por supuesto que te lo prometo...*

Días más tarde, en medio de una intensa inspiración, logra terminarla por fin. Sonríe triunfante, mientras una lágrima de melancolía le aprieta el corazón. Se coloca la guitarra sobre los muslos, cierra los ojos y empieza a acariciar las cuerdas con delicadeza. Deja que la letra fluya, que surja desde lo más profundo de su ser, viajando desde el diafragma hasta su garganta.

Al terminar, con la piel erizada como si cada nota aún danzara en el aire, siente una presencia frente a él.

Abre los ojos.

Es ella.

Sonriente, como si los casi setenta años no hubiesen dejado rastro en su esencia.

Está exactamente igual a como la recordaba.

El mismo cabello dorado, la misma vestimenta de esa década, la misma mirada gris...

—Es hermosa, Riley —susurra Chloë, su voz suave y melodiosa, como la había evocado en su memoria.

—H-hola...

Riley no encuentra otras palabras que puedan expresar lo que siente en ese instante. Conmocionado, se da cuenta de que, al fin, sus plegarias han sido atendidas. Chloë Williams está frente a él, de nuevo. Pero ha tenido que esperar toda una vida para reencontrarse con ella.

—Hola —sonríe ella.

—Has vuelto.

—Sí —asiente—, porque te lo prometí.

Por un instante, Riley debe profundizar en sus recuerdos para comprender la magnitud de ese momento. Ella le prometió que vendría a buscarlo cuando llegara su hora, y, por ende, esa promesa se había cumplido.

Su corazón empieza a latir con fuerza.

—Eso significa que...

Chloë vuelve a asentir y extiende el brazo, ofreciéndole la mano.

Por un momento, su mente divaga hacia su familia, los conocidos, el club de lectura, y las partidas de ajedrez con su cascarrabias vecino Óskar. Piensa en los domingos en misa, en las visitas a la tumba de su esposa Mildret, fallecida hace ya quince años, y en su perrito Croquet, siempre leal. También recuerda las visitas semanales a su amigo Jackson

quien padece alzheimer en el geriátrico.

Mil pensamientos bombardean su mente en una fracción de segundo, pero, al instante después, todo se desvanece como por arte de magia; poco a poco, cada recuerdo se torna difuso, y ya no parece tener peso ni significado en su existencia. El bullicio de su pasado se silencia, dejándolo con una sensación de ligereza, como si el peso de los años y las pérdidas se desvanecieran en el aire.

Se levanta de la cama, guiado por la petición de su amada y sintiéndose más joven, como si el tiempo se hubiera detenido. Ya no le tiembla el cuerpo, ya no siente dolor en las articulaciones, ni le cuesta respirar cuando cae la noche.

Alarga el brazo y acepta la mano de Chloë, sintiendo una calidez que lo envuelve por completo.

—Ya es hora, Riley. Hora de que nuestras almas vuelvan a reencontrarse.

Él mira de soslayo el cuerpo de un anciano que yace inerte en la cama, junto a su inseparable guitarra y una partitura cuyas notas susurran historias de amor y nostalgia. En la parte superior del papel, una frase resalta con tinta desvaída:

Dust of love and bones
(Polvo de amor y huesos)



FIN

Agradecimientos

Deseo con toda mi alma que también te hayas enamorado de Riley, Chloë y Jackson en esta novela corta de Halloween.

¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS a ti mi LOKA/O! Por adentrarte en mis historias, por permitirme hacerte sentir uniendo simples palabras, por darme permiso para acariciarte el alma, por estrujarte el corazón, por robarte mil sonrisas, por arrebatarte suspiros y en ocasiones, incluso de quererme interponer una demanda judicial por írseme la pinza o la mano y pecar de dramática en algunas escenas...

¡GRACIAS por vuestro cariño infinito!

Gracias especiales a Àngel Vallès por ese pedazo de prólogo que se ha marcado y por su amistad de años tan incondicional. Y que sepas que me has emocionado a más no poder...

A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente.

A l@s bookstagrammers y a los grupos de las redes sociales que leéis mis libros y los reseñáis, promoviendo la lectura e incentivando a otros lectores para que sean partícipes de nuestro trabajo. Mención especial a @surfenadounlibro, @vanessa_books, @_Nira_, @pilasdelibros, @valientegarciamariajose, @mecaieunlibro, @loslibrosdetess, @magiaytinta, @m_angelespelirroja, @unmundodehistoriasfantasticas, @beatrizgomes264, @lectura_con_cafe, @begoseal, @izasmagu, @novelacrush, @un_libro_en_mi_mesita, @evita_berme, @miriamramz, @anitadevoradoradelibros, @entrelibrosycastillos2022, @cris_bealo, @lourdes.andresgarcia, @marirosales_74, @manelafer, @mirnita_coni, @silviasaje, @mayka_conesa, @marien_f_sabariego, @naisagodes, @lareinadeloslibros, @entrealmasmaribelmabel, @dreamingofmimibooks, @beli_novelas, @eva_y_suslocuras, @desmontandolibros, @entrelibrosygirasoles, @anag.castellar, @danielaysuslibros, @la_terraza_del_libro, @booksandmark, @protolunaig, @ro_perdidaentrelibros, @eli.p.r., @librosqmencantan, @promocionesesther, @mayka369, @miespaciodelectura, @nymmybooks, @el_desvan_de_noa, @laratitadelibros, @libros_magia_pasion, @mruano_mjose, @lionela23, @norte_literario, @rocanilla, @lupitareadsbooks_, @buceandoentrehistorias, @lectogramers, @monicacostasb, @monica_martinezsanchez, @mapiboix, @locasdelmundo4, @chapoteando.en.letras, @kelita.books, @marimarpintor, @reino_de_libros_26, @mydreamergirl, @bailandoconlibros, @divina_lectura_paty, @lacolinadelosgatos, @montbdn, @relatosdemara, @cucijocandas, @xicade_frases, @beatrizgomes264, @meryrangeloficial, @loslibros_delaurea, @naiarasanchez.escritora, @fernandezdiazbelen, @evvstay, @rocio.librosyscrap, @anna.gils.writer, @johannamartinez8895, @entrelibrosyplancha, @garbival, @mesumerjoentrelibros, @txaro83, @anamomentsmetro, @marivicas5, @reina_de_los_libros, @lilith_lectora, @lalibrieriadeoih, @vykamurias, @amaluma0, @manuelmiguelgarcia7647, @marisa_amado_rodriguez, @lorebooksstars, @melanireads, @redblossomwriter, @lauramendolazaro, @sofybook1, @navalucillera_lorena, @sanmartin223_leo_luego_existo, monicadelatorre_author, @raquel75mr, @minervafj72, @elrincondearan_, @trigollorca, @mali.lc14, @libros_y_tortugas, @cristinapinosmartinez, @hoyomari, @yreinam, @ninapettigrewcanary_mgm, @m23v10, @poppybooks, @marta_booklover94,

@mercedesmartinezfe, @ladystardust1975, @ccastillo2, @energia_eterna, @mariablart, @elsacoemag, @lannah83, @librehastaelamanecer, @teresapp99 y ¡millones más!

A l@s organizadores de los eventos a los que asisto y en los que disfruto como una enana, Ainhoa S. Gómez, Miguel Ángel Gash y Tanya Martins de Book's Wings Barcelona; Carolina Galobardas de Your Stories Market Barcelona; María José y Noa de Devoralibros Barcelona y muchísimos más.

A las organizadoras de las LV, en especial a @librosviajerosylibres conseguí que que las novelas viajen por toda la geografía española y vuelvan a casa cargadas de regalitos, mensajes, dibujos, post-its, comentarios maravillosos... *I love you so much!*

A Isidro Santos, por cederme siempre un hueco y parte de su tiempo para hacerse eco de mis novelas en su sección de Radio Vermut. ¡Eres muy grande y un comunicador excepcional!

Como siempre, solo me queda dar las gracias a mi hijo, Aleix Subirà, que no por ser el último en la lista es el menos importante; al contrario. Él es mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas, el aire que exhalo a cada segundo. Él es mi pasión y mi sueño. Por él merece la pena todo: las noches en vela, comer a deshoras, la impotencia de no hallar la palabra adecuada. Por él, y solo por él, merece la pena seguir luchando, creando sueños para vosotr@s...

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

Éstas son mis obras publicadas

Saga Loca seducción:

Otoño en Manhattan

Quiero ser tu principio y tu fin

Recuérdame

Sin mirar atrás

Alguien inesperado

Bilogía *Un millón de nosotros:*

Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos

Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Serie Christmas's Tales:

Christmas horror Christmas

Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes:

Tentación

Valentine

Brooklyn

Bilogia Celestial:

Cuando Cupido olvidó las alas

Cuando el diablo vistió de uniforme

Si te apetece ver el booktrailer en Youtube



Nací en Barcelona en 1974. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.



A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Facebook: *evapvalenciaautoranova*

Instagram: *@evapvalenciaautora*

Web: www.evapvalencia.com



Atrévete a sentirlas en tu propia piel



2022
THE WATTYS
WATTPAD



2022
OCIO
WEB "EL MUNDO"



2022
EVENTO
BOOK'S WINGS BCN



2022
BOOKSTAGRAMMER
LECTURAS FRANCY



2023
RODANDO
PÁGINAS

www.evapvalencia.com